

# La historia después de la historia

Joan Fuster Sobreperere

PID\_00188618



# Índice

<b>Introducción.....</b>	5
<b>1. Los grandes paradigmas de posguerra.....</b>	7
1.1. El cientificismo .....	8
1.2. La revolución historiográfica francesa: la Escuela de los <i>Annales</i> .....	10
1.3. El marxismo británico .....	14
1.4. La ciencia social histórica alemana .....	20
<b>2. La crisis de los grandes paradigmas de posguerra: el giro cultural, el giro lingüístico, género, raza y estudios poscoloniales.....</b>	23
2.1. Mentalidades, microhistoria y antropología histórica .....	25
2.2. El giro lingüístico .....	28
2.3. Las historias subalternas: de la representación a la construcción .....	30
<b>3. Los usos de la historia: más allá de la Academia.....</b>	35
3.1. La historia desde abajo en acción: los <i>History Workshop</i> .....	36
3.2. Los lugares de la memoria y la legislación memorialística en Francia .....	38
3.3. La Shoah, entre la historia y lo sagrado .....	42
<b>4. Una conclusión abierta.....</b>	45
<b>Bibliografía.....</b>	47
<b>Obras citadas en el texto en orden cronológico.....</b>	48



## Introducción

Después de la Segunda Guerra Mundial, y con el estallido de la guerra fría, la historia quedó por unos años congelada. El peso de un pasado reciente terrible e inexplicable para la moderna y civilizada sociedad occidental y la presencia amenazante de la destrucción nuclear favorecieron una sensación general de suspensión del tiempo histórico. Si en las décadas de los cuarenta y cincuenta, la culpa y el resentimiento eran tan fuertes que necesitaban una contención inhibitoria para alejarse profilácticamente de la tragedia, y la nueva amenaza nuclear resultaba aterradora y paralizante, a medida que el paso de los años fue banalizando ambos procesos y que las nuevas generaciones que no habían protagonizado la guerra se incorporaron a la vida social activa, el sentimiento de culpa y horror empezó a encontrar vías de expresión en la publicación de algunos de los testimonios más hirientes; y la amenaza nuclear empezó a transformarse en un elemento benigno que se podía interpretar como la garantía de la paz que el terror imponía.

La historia, naturalmente, se resintió de estos procesos mentales y culturales y de su evolución en estas décadas. Pero aquello que resulta particularmente relevante es cómo el final de la guerra fría, tal y como sucede siempre en los periodos posteriores a los grandes conflictos, abrió una fase de optimismo desatado. El año 1989, cuando el bloque soviético empezaba su descomposición, el liberalismo se extendía en todo el mundo y Estados Unidos aparecía como un protector benévolo y unívoco del nuevo orden mundial. Francis Fukuyama, llevado por este contexto, escribía *El fin de la historia*, un pequeño artículo –convertido más tarde en ensayo– en el que se anunciaba la llegada de un periodo posthistórico de paz y prosperidad que superaba los graves conflictos que el siglo XX había experimentado. Finalmente, la idea enunciada por Hegel de un tiempo de plenitud, de un tiempo posthistórico, donde el conflicto –el gran conflicto, se entiende– había quedado superado, había llegado en forma de orden democrático global después del triunfo inequívoco del mundo occidental.

Desgraciadamente, la profecía de Fukuyama duró menos que el lanzamiento de su libro. Con las máquinas de imprimir todavía calientes, se declaraba la guerra de los Balcanes en el corazón de la vieja Europa y, en la estratégica área del golfo Pérsico, Kuwait era invadido por Irak, lo que provocaba una guerra de escala internacional. La historia, como el genio, se había escapado de la lámpara; no solo no se había acabado, sino que se había descongelado. Los viejos problemas étnicos y religiosos, los antiguos conflictos por las preciadas fuentes de energía o el agua, retornaban como detonantes de nuevos e imprevisibles enfrentamientos y anunciaban la lógica inaugural del siglo XXI. Una lógica que el 11 de septiembre del 2001 tomaría toda su significación.

### Referencia bibliográfica

F. Fukuyama (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.



## 1. Los grandes paradigmas de posguerra

En el marco de la guerra fría y en un mundo dividido en dos grandes bloques proveídos cada uno de sus proyectos de futuro, las preguntas sobre el pasado se volvieron irrelevantes ante las certezas sobre el futuro. La propaganda se imponía a la historia. El marxismo escolástico se cosificaba en la URSS como un saber legitimador del poder, mientras que la historiografía occidental abandonaba las amplias preocupaciones por una nueva filosofía de la historia que había dominado el periodo de entreguerras. Por fortuna, el empirismo sin dirección no fue la única respuesta en este estado de cosas, y varias **escuelas historiográficas produjeron procesos de renovación** de gran alcance.

Apenas había transcurrido un siglo desde la refundación del viejo conocimiento del pasado como moderna disciplina científica por parte del positivismo (Leopold von Ranke fue el máximo exponente de esto), y todavía era más reciente el fuerte impacto que los pensadores sociales del XIX (Marx, Weber o Durkheim) significaron para la apertura de nuevos campos que superaban la pura historia política, de los acontecimientos o de los héroes, por una consideración más amplia de los procesos históricos donde los fenómenos sociales y económicos tenían una posición central. En conjunto, la **renovación historiográfica** llegaría no de los grandes debates filosóficos del historicismo, sino de los sectores que de una u otra manera se propusieron **dotar a la historia de un renovado instrumental científico que atendiera a los avances de las otras ciencias del hombre**.

El esfuerzo principal se centraría en construir una **ciencia nueva**, con un **aparato metodológico nuevo**. En este sentido, algunas de las iniciativas más renovadoras del periodo de entreguerras no fueron en balde. Particularmente en Francia, la innovadora iniciativa del grupo encabezado por Lucien Febvre y Marc Bloch en torno a la revista *Annales* encontró una estela de discípulos excepcionales, justo en los años de la posguerra, que forjaron uno de los procesos de renovación más exitosos. No fue la única iniciativa renovadora; paralelamente, se desarrolló una nueva historia económica de base cuantitativa de gran ambición, concretamente en Estados Unidos; en Alemania, la sociología histórica, en torno a figuras como Norbert Elias, abrió también nuevos desarrollos; mientras que en el marxismo británico, a pesar del reducido número de sus efectivos, se desarrollaba con fuerza, en torno al magisterio de Maurice Dobb y el grupo de historiadores del Partido Comunista Británico, un proceso de renovación de los estudios históricos y del marxismo que tendría una amplia influencia en todas las ciencias sociales y crearía las bases de los estudios culturales.

En síntesis, ni el empirismo sin reflexión que parecía imponerse en el mundo occidental, ni el marxismo academicista y mecánico de los países del área soviética, consiguieron, por suerte, constituir respuestas exclusivas en el seno de una historia permanentemente en riesgo de caer en la trampa de las manipulaciones ideológicas propias de la confrontación de la guerra fría.

Las corrientes críticas de signo diverso de las tres primeras décadas de la posguerra produjeron procesos de innovación de un alcance que no resulta exagerado considerar como revolucionario. Se produjo, en definitiva, un **cambio de paradigma** en la ciencia histórica, que asumió planteamientos y métodos que a menudo provenían de otras disciplinas de las ciencias sociales, como la antropología, la sociología, la geografía o la lingüística.

### 1.1. El cientificismo

La historia que caracterizó el periodo de posguerra estuvo marcada por la preocupación científicista: importaban más las estructuras que las personas, la sociedad que los individuos. Las corrientes principales que se desarrollaron en estos años tenían esta aspiración común.

Tanto el marxismo occidental, como la escuela francesa de los *Annales*, la cliometría americana o las diversas escuelas de la sociología histórica alemana o americana, participaron de una preocupación central hacia la **objetivación** y colocaron en el centro de sus investigaciones a la **sociedad como protagonista**.

El recurso a las series numéricas, en definitiva, a la estadística, para explicar tanto la evolución de las coyunturas como los fenómenos de largo alcance es lo que conocemos como **historia serial, cuantitativa o cliometría**<sup>1</sup>. El carácter altamente racionalizado de la sociedad industrial dio lugar a una concepción equivalente de la ciencia, que se tenía que poder desarrollar mediante métodos completamente objetivos y, por lo tanto, cuantificables. La aplicación de medios técnicos a la investigación y la creciente facilidad con la que se podían construir –sobre todo a partir de un cierto desarrollo de los ordenadores– amplias series históricas de datos abonaron la tendencia, en algunos campos como la historia económica, a considerar que estos métodos dotaban a la historia de una auténtica metodología científica que superaba las limitaciones de la historia narrativa. Estas técnicas, aparecidas en Estados Unidos en los años de entreguerras, encontraron un terreno donde desarrollarse en la demografía histórica. En el campo de la economía, su planteamiento resultó

<sup>(1)</sup>La palabra *cliometría* está formada por alusión a *Clio*, la musa de la historia, y a la idea de métrica, es decir, de medida.



útil para abordar grandes problemas como el movimiento general de precios, y permitieron abordar el estudio de los ciclos económicos, una preocupación central de los historiadores después de la crisis de 1929.

Resultaron paradigmáticos, en este sentido, el estudio de Hamilton sobre el movimiento de los precios en el Imperio de los Austrias, o los estudios del francés Ernest Labrousse sobre movimientos de precios en la Francia moderna.

En los años sesenta, la **Nueva Historia Económica americana**, representada en Estados Unidos por Robert Fogel (autor de un apreciable estudio sobre la esclavitud en Estados Unidos), intentó desarrollar, a partir de cuatro supuestos, una teoría general para el análisis de las sociedades modernas:

- Que existen leyes de bronce en economía –las formuladas por Adam Smith y David Ricardo.
- Que la economía capitalista se caracteriza por un crecimiento imparables que adopta formas parecidas en todas las sociedades en proceso de modernización –tal y como había explicado Rostow en el año 1960.
- Que los procesos de modernización económica conducen necesariamente a procesos de modernización social y política, es decir, al establecimiento de una economía de mercado y de la democracia liberal.
- Que los métodos cuantitativos se pueden extender del estudio de los procesos económicos al de los sociales y los políticos.

Esta concepción, también conocida como **teoría de la modernización**, no solo abogaba por una historia racional y objetiva, sino que contenía una fuerte carga ideológica fundamentada en el optimismo histórico y ligada a una idea de progreso lineal e ineludible.

Aun así, si bien los métodos cuantitativos quedarían definitivamente incorporados al método histórico –al menos en cuanto a los campos de la demografía y la economía, a los resultados y comportamientos electorales y a la movilidad social–, la **cliometría americana**, al presentar estos métodos como la única fórmula auténticamente científica de historia, **quedó aislada y tuvo escaso eco fuera del ámbito económico y americano. El intento de convertir la historia en una ciencia analítica ha obtenido en general pobres resultados.** Al fin y al cabo, la teoría de la modernización, a pesar de que vivió una revitalización importante en los años noventa a raíz de la caída del comunismo, chocaría crecientemente con los límites de la posguerra fría.

No fue este el único reclamo científicista en la historia. En el año 1944 K. Popper plantearía de modo crudo los problemas de la cientificidad en historia con una demoledora crítica a la visión hegeliana de la historia y su contenido teleológico.

#### Referencia bibliográfica

K. Popper (2002). *Miseria del historicismo*. Madrid: Alianza.

No obstante, **el intento más influyente en Europa de cientificación de la historia** vino de la expansión del **estructuralismo francés** desde la lingüística hacia las otras ciencias sociales. A partir de 1956, según señala Dosse, el estructuralismo se convirtió en el paradigma dominante en las ciencias humanas francesas. Los trabajos de Braudel resultaron fuertemente influidos por ello, e incluso algunos de los planteamientos más críticos con la historiografía de posguerra llegarían de la mano de pensadores formados en el estructuralismo, como Foucault. La influencia de esta corriente, que tuvo en L. Althusser a su principal teórico, no solo afectaría poderosamente a Francia y al mundo latino, sino también a algunos de los historiadores marxistas británicos, como por ejemplo a Perry Anderson –al menos en sus primeros trabajos– o a Immanuel Wallerstein, que haría hincapié en los intercambios comerciales en su interpretación del desarrollo del capitalismo.

La **sociología histórica**, particularmente en Estados Unidos, también intentó desarrollar planteamientos en una dirección científica. Y estudiosos del nacimiento del Estado moderno y los procesos revolucionarios, como Barrington Moore y Theda Skocpol, intentaron modelizar los procesos de modernización política a partir del estudio de las revoluciones. Pero **el trabajo más sistemático y extenso** en este terreno fue el que desarrolló **Charles Tilly**. Los trabajos de este autor se centraron en la historia social de la acción colectiva en relación con el desarrollo del capitalismo y los Estados nacionales, abarcando a menudo periodos históricos de largo alcance. Para Tilly, la combinación del crecimiento capitalista y la penetración del Estado nacional había transformado las formas tradicionales de protesta popular en las huelgas industriales, las manifestaciones públicas y los movimientos sociales asociados. La contribución de Tilly, por su ambición, iluminó con trabajos extraordinarios la moderna política popular y los conflictos en la sociedad moderna.

De todos estos esfuerzos, muy dispares y que sufrieron procesos de revisión en los años setenta, ochenta y noventa, **la historia salió fortalecida como disciplina.**

#### Ved también

Veremos estos procesos de revisión en el apartado "La crisis de los grandes paradigmas de posguerra: el giro cultural, el giro lingüístico, género, raza y estudios poscoloniales".

Estas generaciones de historiadores, forjados en la resaca de la guerra y en el contexto de la expansión del capitalismo industrial maduro, aspiraban a construir, legítimamente, una **historia científica**. Como señaló afortunadamente Pierre Vilar matizando este propósito:

"no es una ciencia fría lo que queremos, pero sí, al fin y al cabo, una ciencia".

## 1.2. La revolución historiográfica francesa: la Escuela de los *Annales*

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, el epicentro de la historiografía europea se trasladó de Alemania a Francia. El resultado de la guerra y el clima intelectual, tanto del periodo de entreguerras –dominado por varias formas de idea-

lismo historicista– como de la posguerra, lo propiciaron. Además, justamente en Francia se había desarrollado, a lo largo de los años anteriores a la Guerra, el tipo de orientación que más se avenía con el momento posbélico. Bajo la tutela fundacional de **Lucien Febvre** y **Marc Bloch**, en el año 1926 nació la revista ***Annales***, que pondría las bases de la renovación historiográfica francesa.

En síntesis, el programa del grupo ya se había visto con claridad en la tesis de Febvre sobre Felipe II y el Franco Condado (1912):

Se trataba de una historia preocupada por el **empirismo** –en esto no difería del positivismo decimonónico–, pero donde los **factores históricos objetivos** desempeñaban un papel central.

De pronto, los tres grandes protagonistas de la historia tradicional –los grandes personajes, la política y la cronología– perdían el protagonismo a favor de factores como la geografía, la demografía, la economía y las estructuras mentales colectivas.

El proyecto de Bloch y Febvre era **reconstruir la historia como ciencia guía para todas las ciencias sociales**, pero sin separarse de estas, e incorporando los nuevos enfoques disciplinarios: la geografía regional de Vidal de Blanche, la sociología de Durkheim y Weber o los nuevos enfoques antropológicos.

Si Febvre, en su trabajo sobre el Franco Condado, había introducido el estudio regional y, por lo tanto, un fuerte vínculo entre historia, geografía y economía, Bloch –más influido por la sociología de Durkheim–, en su primer trabajo sobre los reyes taumaturgos de Francia, incorporaba elementos esenciales de economía, sociología y psicología colectiva no ya para explicar las milagrosas curaciones de estos reyes a través de la imposición de manos, sino para situar las condiciones sociales y mentales que propiciaban y posibilitaban una creencia como esta. No era el fenómeno aquello que interesaba a Bloch, sino aquello que revelaba sobre aquella sociedad, su cultura y sus relaciones de poder político y económico.

Acabada la guerra, el clima para una buena recepción de estas propuestas se había amplificado. El historicismo alemán salía desacreditado y los enfoques estrictamente políticos, en el contexto de la guerra fría, tampoco podían satisfacer la busca de explicaciones útiles ni en la tragedia del pasado reciente, ni en las incertidumbres de un futuro amenazante. Y fue en este contexto en el que un grupo relativamente marginal –a pesar de que Bloch había muerto en 1944 a manos de los nazis– tomaría posiciones centrales en el mundo académico francés durante varias generaciones. Por un lado, **la revista se re-fundó en 1946** adoptando el título *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*,

#### Referencia bibliográfica

L. Febvre (1912). *Philippe II et la Franche-Comté: étude d'histoire politique, religieuse et sociale*. París: Librairie Ancienne Honoré Champion.

que indicaba muy claramente dónde se querían poner los acentos. Por otro, se creaba la **sexta sección** en la prestigiosa **École Pratique des Hautes Études** –al margen de la sección cuarta, la de historia–, con una clara vocación de ser un punto de encuentro entre todas las ciencias humanas, no solo entre las ciencias sociales –como la sociología, la geografía o la antropología–, que tan importantes habían sido en el programa de los *Annales*, sino que también se incorporaron la literatura, el arte, la psicoanálisis o la lingüística, que gracias a Saussure había sido el terreno de formulación del moderno estructuralismo. Esta sexta sección, donde los historiadores tuvieron un papel directivo excepcional, se convirtió en el año 1972 en la prestigiosa **École des Hautes Études en Sciences Sociales**. El pequeño grupo provincial de estrasburgueses de los años veinte se había convertido en el centro de gravedad no solo de la historia en Francia, sino de las ciencias sociales en general, y había ganado al mismo tiempo un reconocido prestigio internacional.

A pesar de que Febvre vivió y trabajó hasta 1956, la figura predominante de esta **segunda generación** de los *Annales*, el periodo que podríamos denominar de institucionalización, fue **Fernand Braudel**.

#### Los miembros de la segunda generación

Formaron parte del mismo grupo figuras como Ernest Labrousse –que introdujo los estudios seriales–, Charles Morazé o Pierre Vilar; y fueron discípulos directos de estos George Duby, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie y Michel Vovelle, entre otros. La influencia del grupo no se redujo a Francia: historiadores como el polaco Witold Kula, el checo Bronislaw Geremek, el ruso Aaron J. Gourevitch o el catalán Jaume Vicens Vives –creador de la Escuela de Barcelona–, recibieron una influencia directa de aquellos y a su vez la trasladaron a sus discípulos, cada cual en su país.

La obra de Braudel sobre el Mediterráneo en la época de Felipe II fue la que marcó de manera más clara un modelo que sería seguido, con variantes distintas, por varios historiadores del grupo. Se trata de una obra innovadora, a pesar de que se puede ver la inspiración del Febvre de 1912, donde encontramos **varias rupturas con la historia tradicional**:

- En primer lugar, la **desaparición de un protagonista de la historia** –sea una personalidad, una institución, o el mismo Estado–: la historia aspira a ser total y a explicar la sociedad en su conjunto como una totalidad.
- Una segunda **ruptura es con el tiempo lineal** que dominaba la narración histórica. En este punto Braudel distingue tres niveles temporales:
  - Un nivel geográfico de larga duración (el Mediterráneo).
  - Un nivel estructural, la coyuntura, que atribuye a la sociedad, las mentalidades y la economía.
  - Un nivel político, el de los acontecimientos.
- En tercer lugar, junto con el tiempo lineal, **se disuelve la idea de progreso histórico**, donde un sujeto principal (la clase, la nación...) tiene una misión teleológica.

#### Referencia bibliográfica

F. Braudel (1973). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vol. México: Fondo de Cultura Económica.

La historia de los *Annales* tendió a ser **supranacional** (el Mediterráneo) o **regional** (Cataluña, Provenza, el Franco Condado). Unas dimensiones que permitían estos discursos temporales de niveles diferentes y, sobre todo, que eludían el protagonismo directivo de la política. Por último, las estructuras, tanto de larga duración como de coyuntura, tienen una **vertiente mental**, sin la cual estas no existirían.

El estudio de Pierre Vilar sobre Cataluña dentro de la España moderna, esencial en la construcción de una nueva visión del Principado y en la renovación historiográfica de los años siguientes, es muy representativo del tipo de trabajos que los historiadores de los *Annales* ensayaban en estos años. A pesar de que Vilar recibió una fuerte influencia marxista y de que, tal como explica en su introducción, se propone mostrar una investigación sobre la nación en los términos definidos por este, el trabajo resulta muy prototípico de la manera de hacer del grupo francés. La primera parte de la obra está dedicada a una descripción exhaustiva de la geografía catalana para captar estos factores suprahistóricos que están en las bases materiales que soportan las sociedades. La segunda parte es una aproximación a la historia de Cataluña antes y después del periodo estudiado, el siglo XVIII, que intenta explicar los fenómenos de larga duración y su evolución. Una vez que estos elementos están establecidos, el tercer y cuarto volúmenes están dedicados al estudio de campo, el del desarrollo de la agricultura comercial y sus bases, y el del comercio colonial.

**P. Vilar** (1965-1968). *Catalunya dins l'Espanya moderna. Recerques sobre els fonaments econòmics de les estructures nacionals*, 4 vol. Barcelona: Edicions 62.

Este estudio de Vilar no fue un caso aislado. Otro de los numerosos ejemplos con características muy parecidas es el trabajo de Le Roy Ladurie sobre los campesinos del Languedoc:

**E. Le Roy Ladurie** (1966). *Les paysans de Languedoc*. París: Ed. EHESS.

En el trabajo de los hombres de los *Annales* de estos años, los **fundamentos materiales de la historia** están continuamente subrayados, hasta el punto de que, a partir de 1956 principalmente, se convierten en una variante del estructuralismo dominante en tantos otros campos de las ciencias humanas en la Francia de aquellos años (la antropología de Levi-Strauss, la lingüística de Saussure, etc.).

Esta influencia se hizo notar crecientemente, y resulta particularmente presente en la obra de Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV a XVIII* (1967), pero también en otras obras de la misma orientación, como *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval* de George Duby o *Teoría económica del sistema feudal* de Kula, ambas de 1962.

**F. Braudel** (1984). *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV a XVIII*. Madrid: Alianza Editorial.

**G. Duby** (1968). *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*. Barcelona: Península.

**W. Kula** (1976). *Teoría económica del sistema feudal*. Madrid: Siglo XXI.

Aun así, el enfoque historiográfico material, casi materialista, de los *Annales*, constituye solo una cara de su renovación, puesto que fue siempre acompañado por una preocupación por la **investigación sobre las mentalidades**, un aspecto que iría tomando un creciente protagonismo, sobre todo a partir de los años setenta y de la llamada tercera generación de la escuela. Mentalidad es un concepto impreciso, que no significa en ningún caso la tradicional historia de las ideas o de la alta cultura de las elites, o la clásica historia intelectual.

Estas corrientes parten del supuesto de que las personas tienen ideas claras y de que estas son transmitidas por medio de los productos culturales más o menos institucionalizados.

La mentalidad intenta abarcar ideas, concepciones del mundo o creencias, mucho más difusas, que tienen un carácter colectivo o social, y que en cualquier caso no son la creación de un individuo, sino más bien el clima de una época. Se trata de un intento de penetrar en las estructuras ocultas del subconsciente colectivo, generalmente mediante estudios monográficos.

### Antecedentes

Esta perspectiva encuentra antecedentes en la historiografía francesa tan remotos y apreciables como el trabajo del historiador marxista de la Revolución francesa, Henri Lefevre, sobre el "gran miedo" creado por rumores extendidos por toda la geografía francesa y que siguió a los acontecimientos de 1789 en París.

En los años setenta, en un clima general de retroceso de la historia estructural, la historia de las mentalidades se fue imponiendo entre los historiadores más representativos de los *Annales*, particularmente en los trabajos de Le Roy Ladurie, George Duby, Jacques Le Goff o Philippe Aries. Esta retirada de aquello que podemos denominar *material* en un sentido más clásico fue general en la historiografía occidental.

En este sentido, vale la pena reseñar que el enfoque antropológico que desde el comienzo influyó tan poderosamente en los historiadores de los *Annales* ayudó de una manera determinante, a partir de los años ochenta, a abandonar los enfoques eurocéntricos que tanto peso tenían incluso en las perspectivas críticas de Marx y Weber, facilitando una nueva visión del hombre, del progreso y de la historia misma.

### 1.3. El marxismo británico

La guerra no alteró sustancialmente los centros de producción histórica académica en Gran Bretaña. Sobre la base del empirismo, el mundo académico británico continuó unas tradiciones sólidamente consolidadas. En este contexto conservador, y a partir de trabajos pioneros en historia social de antes de la guerra, como los de los Web, Cole y Tawney, la formación del **grupo de historiadores del Partido Comunista Británico en el año 1946** sirvió de punto de encuentro de una hornada de historiadores marxistas que producirían un **fenomenal impacto** tanto en la **historiografía europea**, como en el pensamiento marxista y en la formación política de la Nueva Izquierda a partir de los años sesenta.

La historia moderna no es imaginable sin considerar a **Marx**. Este, igual que los positivistas, partía de la idea de que existe una lógica de la investigación que es común a todas las ciencias, la científicidad, que equivale a utilizar unos

### Ved también

Veremos esta evolución en el apartado "Mentalidades, microhistoria y antropología histórica".

procedimientos analíticos que permiten explicar el mundo visible. Además, consideraba, como Weber, que la sociedad y la historia poseen una **coherencia interna**, formulada en el concepto de formación social y su desarrollo hacia delante (es decir, inscrita en el desarrollo histórico). Por último, rechazaba una concepción de la ciencia histórica aséptica o neutral, puesto que concebía la **historia como un instrumento de la transformación social**.

Sin embargo, esta triple definición resultó ciertamente problemática en el desarrollo del marxismo. Si, por un lado, aspiraba a una ciencia social rigurosa en el sentido de las ciencias naturales, por otro, desde su perspectiva comprometida y crítica, rechazaba el afán de objetividad característico del positivismo. A lo largo de casi un siglo, y a partir de la publicación del *Anti-Düring* de Engels, fue una **debilidad del marxismo** la fuerte decantación hacia una **concepción determinista** de la historia que intentaba satisfacer la primera y la segunda de estas premisas, incluso presentando el conjunto de la historia humana como un proceso predeterminado por leyes y etapas condicionadas de manera mecánica por el desarrollo económico. Esta concepción encontró en el academicismo soviético su máxima exacerbación.

Tal vez y de manera aparentemente paradójica, la principal característica del marxismo occidental –y especialmente británico– en el periodo de la posguerra fue la capacidad para cuestionar este planteamiento mecanicista a favor de una consideración auténticamente crítica de la experiencia histórica.

La famosa supeditación de la superestructura (política, cultura, instituciones, etc.) a la base, naturalmente económica, se volvió crecientemente problemática para muchos historiadores marxistas occidentales. Inscritos en la realidad de un capitalismo de éxito y en pleno despliegue, su visión crítica se agudizaba en proporción a la quiebra de las previsiones del desarrollo mecánico de una transformación social que no se divisaba en el mundo capitalista. Como ha señalado Georg Iggers:

"Lo que hacía interesante el marxismo en Occidente era su crítica ante las relaciones que imperan en una moderna sociedad industrial capitalista, y su compromiso con los socialmente perjudicados. Por otra parte, estas mismas relaciones cuestionaban, en una época postindustrial, las concepciones básicas en las que se fundamentaba el marxismo. Estas se hallaban profundamente ancladas en el siglo XIX".

Georg Iggers (1998). *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales* (pág. 75). Barcelona: Idea Boocks.

Abordar de manera crecientemente creativa esta contradicción es aquello que convertiría al **grupo marxista británico**, marginal en su entorno político y cultural, en el **más potente actor de la renovación de la historiografía marxista** en los años sesenta y setenta.

### Los miembros del grupo

Se trataba de un grupo ciertamente heterogéneo; lo formaron, entre otros, Christopher Hill, que estudió la revolución inglesa del siglo XVII; George Rude, que se centró en las protestas y movimientos sociales del Antiguo Régimen; Victor Kiernan, que trabajó sobre objetos tan variados como la revolución española de 1854, las relaciones entre China y Gran Bretaña y el imperialismo, o la formación del Estado moderno; John Saville, que se ocupó de la industrialización; Eric Hobsbawm, que ha abarcado un abanico temático que va del jazz o las revueltas populares de la época moderna, al Imperio británico, además de su conocida tetralogía sobre el mundo contemporáneo; Dorothy Thompson, especializada en el movimiento cartista; Eduard P. Thompson, con estudios sobre la formación de la clase obrera y la cultura popular; Rodney Hilton, que se interesó por los campesinos británicos en la Edad Media, y, el más joven, Raphael Samuel, que sería el impulsor del movimiento de los *History Workshop*. Algunos de ellos, pocos, ocuparon posiciones académicas sólidas, como por ejemplo Hill, mientras que otros ocuparon posiciones tan periféricas como la enseñanza en el sistema de extensión universitaria para adultos (Rude y Thompson).

En 1952, algunos miembros del grupo impulsaron una nueva revista, *Past and Present*, titulada *Journal of Scientific History*, que aspiraba a ser un lugar de encuentro y diálogo entre historiadores marxistas y no marxistas. Entre sus impulsores se encontraban Hobsbawm, Hill, Dobb y el también marxista Vera Gordon Childe. Entre los no marxistas se encontraban el primer director, el historiador de la antigüedad John Morris, Geoffrey Barraclough y, más tarde, Laurence Stone y el americano John Elliott. El papel de la revista resultó decisivo en la renovación de los métodos y la orientación de los estudios históricos, primero en Gran Bretaña, y más tarde en la comunidad científica internacional. El diálogo entre marxistas y no marxistas se profundizó a partir de 1957, cuando la mayoría del grupo marxista, salvo Hobsbawm, abandonó el Partido Comunista Británico a raíz de la invasión soviética de Hungría.

Las primeras discusiones del grupo giraron en torno a los problemas planteados en el trabajo del economista marxista Maurice Dobb formulados en *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1946). La cuestión en torno a la transición del feudalismo al capitalismo para conocer en profundidad la naturaleza de este estaría en el centro de la discusión, animada entre otros por R. Hilton, con un planteamiento eminentemente estructural, en consonancia con otros científicos sociales marxistas, como Paul Sweezy, Guy Bois y, más tarde, Immanuel Wallerstein.

Paralelamente, George Rude iniciaría sus trabajos sobre las formas de protesta en el Antiguo Régimen comenzando una **perspectiva de historia desde abajo** que tendría eco en los primeros trabajos de Hobsbawm, *Rebeldes primitivos* (1959) y *Capitán Swing* (1968) –escrito junto con Rude–, y más tarde en la obra de Thompson.

Aun así, desde el periodo de entreguerras, algunos autores marxistas, como Gramsci, Luckacs, Korsch o Walter Benjamin, ya habían iniciado una **revisión de la perspectiva economicista** dominante aunque tomando en consideración el **peso de la cultura en las relaciones sociales**. La publicación en 1932

#### Referencia bibliográfica

Maurice Dobb (1971). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid: Siglo XX editores.

#### Referencias bibliográficas

E. Hobsbawm; G. Rude (1968). *Capitán Swing*. Londres: Lawrence & Wishart.

E. Hobsbawm (1976). *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Ariel.



de los manuscritos filosóficos de Marx de 1844, donde colocaba el concepto de alienación en el centro de su crítica al capitalismo, abundó en esta dirección que también estuvo muy presente en el desarrollo de la Escuela de Fráncfort.

Crecientemente, la **perspectiva culturalista** iba tomando forma como una alternativa al sesgo dominante determinista y economicista. En 1959 **Eric Hobsbawm** publicaba con el pseudónimo de Francis Newton *The Jazz Scene*, una historia social del jazz. Era un libro prácticamente *amateur*, fuera de la actividad académica del autor. El hecho de utilizar un pseudónimo ya muestra un cierto distanciamiento, pero la obra prefiguraba el tipo de perspectiva sobre la cultura que la historia social asumiría en los años siguientes especialmente en Gran Bretaña.

El iniciador y primer artífice de este cambio no fue uno de los miembros del grupo comunista británico, sino **Raymond Williams**, un historiador de la literatura que mantuvo siempre unas relaciones ambiguas con el marxismo. Williams, igual que Thompson y Rude, trabajaba en la enseñanza universitaria de adultos, fuera del sistema académico establecido. En sus primeras obras, *Cultura y Sociedad 1750-1950* (1958) y *La larga revolución* (1961), Williams planteaba una crítica cultural del capitalismo desarrollado, se trataba de un relato del impacto de la revolución industrial en la sociedad británica a partir de una historia de la idea de cultura. Esta idea combinaba la lectura rigurosa de los escritores ingleses canónicos con una historia social de la educación, el público lector y las instituciones culturales. Williams utilizaba una idea de cultura ampliada y más extensa que la convencional e incorporaba las formas de vida y "las estructuras de sentimiento" que van asociadas a ella. En *Cultura y Sociedad* contrapuso a la interpretación dominante de la literatura inglesa como la obra de una minoría austera y altruista que preservaba los bienes culturales elevados frente a los efectos corruptores del consumo y las masas, una visión democrática de las actividades comunes de la sociedad, una concepción que denominó "materialismo cultural".

En *Marxismo y literatura* (1971) desarrollaba un argumento sobre la propia materialidad de la cultura que rompía con las visiones deterministas y funcionalistas; en palabras de Eley:

"Más que ver la cultura como separada de la vida material, atada al mismo tiempo por determinaciones sociales pero moviéndose sobre ellas, señaló las verdaderas formas prácticas y concretas en las que la cultura se habría alojado siempre dentro de relaciones sociales y de formas de práctica material".

G. Eley (2008). *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad* (pág. 53). Valencia: Universitat de València.

La **cultura** no solo no era un producto de la base económica, sino que era considerada como un elemento constitutivo de todas las otras prácticas sociales y políticas, pero también económicas.

#### Referencia bibliográfica

F. Newton (pseudónimo de E. Hobsbawm) (1958). *The Jazz Scene*. Londres: Penguin Books.

#### Referencias bibliográficas

R. Williams (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión.

R. Williams (1974). *Cultura y Sociedad 1780-1950*. Barcelona: Laia.

La obra de Williams no resultó un fenómeno individual. Algunos de los historiadores marxistas británicos, especialmente a partir de 1957, fueron adoptando posiciones similares en sus trabajos. Hemos hablado del trabajo temprano de Hobsbawm sobre el jazz, pero la obra decisiva, que construiría un paradigma nuevo, fue *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) de **Eduard P. Thompson**. Este autor explicaba, en un colosal libro de ochocientas páginas y desde una visión centrada en la cultura en un sentido amplio, las experiencias y la resistencia política de la clase obrera en el momento de su formación a lo largo del medio siglo anterior a las reformas de 1832.

Desde la perspectiva de la historia británica, se trataba de una **ruptura completa con la tradición liberal** que quería ver la historia inglesa como el triunfo gradual del parlamentarismo. A esta benévola versión del éxito histórico de la ampliación de derechos políticos y sociales para sectores cada vez más amplios de la población, Thompson oponía una historia de victorias democráticas de los trabajadores sobre la base de la resistencia popular contra la violencia, la desigualdad y la explotación, aun recurriendo a una narrativa épica y vigorosamente comprometida. Pero aquello que hacía del libro algo novedoso era la **concepción de clase obrera** que manejaba y su **abierta oposición a un marxismo reduccionista y mecánico**. La clase, para Thompson, era una producción histórica fruto de un proceso de resistencia, creencias y luchas, y no el puro resultado de la asignación de roles sociales en el proceso productivo. La famosa distinción de Marx en 1859 entre la "clase en sí" –la clase como "existencia social" determinada por la posición de los individuos en el sistema de producción– y la "clase para sí" –es decir, la conciencia de pertenecer a un grupo con intereses comunes– quedaba ahora liquidada. Para Thompson, la clase no era otra cosa que la conciencia común, es decir, la cultura de grupo, nacida entre los trabajadores como fruto de sus luchas contra la explotación capitalista y la represión del Estado. Y como corolario, la división entre una base o estructura de naturaleza económica y una superestructura política y cultural resultaba también refutada.

En definitiva, frente a los acentos objetivistas y sociologistas, dotaba a la clase de un fuerte acento de agencia colectiva.

Tal como afirmaba en el prefacio de la obra de manera muy clarificadora:

"la clase obrera estaba presente en su propia formación".

### Referencia bibliográfica

E. P. Thompson (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.

La historia del trabajo quedaba también reformulada y adquiriría una amplitud nueva. No sería solo el puesto de trabajo y sus prácticas laborales políticas o sindicales aquello que se debía estudiar, sino también la vivienda, la familia, la nutrición, las prácticas religiosas, la criminalidad, el tiempo libre, la educación, la literatura, la infancia, el noviazgo, la sexualidad, la muerte y todos los aspectos de la vida. Un campo infinito se abría a la historia social pensada como una historia total de base cultural. Thompson, a lo largo de una década, se dedicaría a investigar sobre las transformaciones culturales de los trabajadores en el proceso de implantación del capitalismo, "la cultura plebeya".

### Activismo y *best-sellers*

El éxito de *La formación...* llevó a Thompson a participar en las mejores universidades inglesas y americanas, pero en los últimos años de su vida dejó la actividad académica para entregarse completamente al activismo antinuclear y pacifista.

En cuanto al resto de los miembros del grupo, es necesario destacar la tetralogía sobre el mundo contemporáneo de Hobsbawm, una obra que se extendería entre 1962 y 1995 y que lo ha convertido en el historiador vivo más leído del mundo.

La **influencia de Thompson fue enorme**. Su legado tiene, como ha señalado Eley, seis dimensiones:

- En primer lugar replanteó el discurso dominante sobre la historia inglesa en los términos que hemos señalado, aun produciendo una historia de oposición preparada para el combate, convencido como estaba de la capacidad generadora del conflicto como fuerza emancipadora.
- En segundo lugar, y en esto coincidió con Williams –particularmente en sus estudios sobre William Morris y William Blake–, realizó una relectura de la tradición cultural inglesa del XIX y de los autores visionarios románticos, incluso reivindicando su revuelta contra el capitalismo naciente.
- En tercer lugar, su atención hacia las formas de vida corriente, centrándose particularmente en los aspectos culturales en un sentido tan amplio –valores corrientes, prácticas rituales, dimensiones simbólicas de la vida–, sugería formas de etnografía que lo aproximaban a la antropología cultural.
- En cuarto lugar, la valoración y la identificación con la gente corriente actuaban como una forma de empatía que le permitía entrar en sus mundos mentales y reconstruir las formas de racionalidad ocultas e interrumpidas de los perdedores.
- En quinto lugar, rechazando junto con Williams el modelo de base y superestructura, veía la clase como una formación tanto económica como cultural, de una manera inseparable.
- Y en sexto lugar, retomaba el proyecto del grupo de historiadores marxistas británicos en su discusión sobre la transición del feudalismo al capitalismo, y lo reformulaba construyendo la primera historia de la transición

### Referencia bibliográfica

Estos trabajos, algunos tan influyentes como "Tiempo, disciplina del trabajo y capitalismo industrial" (1967) o "La economía moral de la multitud inglesa en el siglo XVIII" (1971), aparecerían recopilados en:

E. P. Thompson (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.

### Referencia bibliográfica

G. Eley (2008). *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia: Universitat de València.

al mundo moderno y de la industrialización desde abajo, es decir, desde el punto de vista de los perdedores. Su reconceptualización completamente desinstitucionalizada de la política enlazaría con el espíritu del sesenta y ocho y con la emergencia de nuevas formas de crítica radical de la Nueva Izquierda o del feminismo.

El legado de estos nuevos enfoques tomó distintas direcciones. En el **terreno del marxismo** representó la reaparición de un **marxismo humanista y culturalista**, directamente enfrentado tanto con la escolástica soviética, como con el estructuralismo francés que representaba Louis Althusser. En el **campo de las ciencias sociales**, Williams y Thompson inspiraron un nuevo campo, los **estudios culturales**, que se caracterizaría por la interdisciplinariedad y la apertura a las nuevas formas de conocimiento crítico, como el feminismo o las culturas subalternas, y que impactaría en terrenos tradicionales como los estudios literarios o la sociología. De mayor alcance fue el impacto sobre la **historia social**, que en general ya no se podría desprender del enfoque culturalista. Y por último, la acción de **Raphael Samuel** y el **movimiento de los History Workshops**, que representaría una ampliación y una innovación en el campo de la historia y las prácticas sociales participativas, estaría también fuertemente influido por estos antecedentes.

#### **1.4. La ciencia social histórica alemana**

En Estados Unidos la teoría de la modernización disfrutó de un creciente prestigio y aceptación tanto en las ciencias sociales como en una historiografía cada vez más influida por la sociología. Era una respuesta a la guerra fría que se libraba a nivel planetario y un resultado de esta, así como una explicación del éxito de un capitalismo rampante, que llegó a su zenit en los años cincuenta y sesenta. En Alemania, esta misma visión se basaría en una experiencia que tenía un sentido muy diferente en la medida en que se planteaban cuestiones como la propia división del país y el sentido de responsabilidad por la Segunda Guerra Mundial y los crímenes del nazismo.

Justamente por esta situación histórica, la **historiografía alemana** tomó en las primeras décadas de la posguerra un **sentido eminentemente conservador**. Mientras en la República Federal la historia social era abandonada a favor de una historia política y del Estado empírica, en la Alemania Democrática se imponía la escolástica marxista soviética. No sería hasta los años sesenta, a raíz de la polémica Fischer sobre las condiciones políticas que propiciaron el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, cuando la situación cambió. Fischer defendía una continuidad en la política expansionista alemana entre 1900 y 1939, y responsabilizaba a esta política del desencadenamiento de las dos guerras.

A raíz del debate en torno a las **tesis de Fischer**, la **cuestión del *sonderweg* (excepción)** ocupó el centro de la renovación de la ciencia social histórica alemana. La tesis que planteaba Fischer, y que desarrolló **Hans-Ulrich Weh-**

ler, era la de un **desarrollo anómalo de la modernización para el caso alemán**. En síntesis, se explicaba que aquello que caracterizaba el caso alemán era la distancia entre un desarrollo capitalista acelerado y un subdesarrollo del Estado liberal. En definitiva, una incompleta transformación, o una modernización fallida, al permanecer el Estado en manos de grupos sociales tradicionales, incluso manteniendo un fuerte componente autoritario. La ausencia en la historia de Alemania de un gran paso al liberalismo en el siglo XIX, como sucedió en Gran Bretaña o Francia, habría permitido a las antiguas elites preindustriales –aristocracia, propietarios rurales, ejército y burocracia– seguir ejerciendo su dominio. Y la falta de legitimidad de un desarrollo democrático del Estado lo llevó a perpetuar formas represivas y manipuladoras. El conflicto entre modernización económica y retraso político llevó a un autoritarismo estructural que desembocaría en un "desarrollo desviado" del modelo de modernización occidental, y que se expresaría, en la constante inestabilidad del Imperio, en el fracaso de Weimar y, finalmente, explicaría la anomalía del nazismo. En definitiva, se establecía una línea de argumentación que inscribía **los orígenes del nazismo en el siglo XIX, el momento en el que la historia alemana se desvió del modelo occidental**.

El modelo que Wehler desarrollaría en torno a esta idea tendría en la Universidad de Bielefeld su centro de operaciones, donde dispondría de la colaboración de historiadores de prestigio, como **Jürgen Kocka**. Enfrentados al conservadurismo dominante en el mundo académico de la Alemania occidental y al marxismo mecanicista de la oriental, el **grupo de Bielefeld intentó recuperar la historia como ciencia social**, una tradición alemana que se remontaba a Marx y Weber, incluso enlazando con la teoría crítica de la Escuela de Fráncfort en la voluntad normativa de unir la ciencia con valores políticos, ofreciendo una visión donde a la industrialización, como factor decisivo de la modernización económica, y a la revolución tecnológica que va asociada a ella, les corresponde una evolución institucional hacia una sociedad de ciudadanos jurídicamente libres y políticamente responsables y emancipados.

La pregunta sobre el porqué de la "desviación" alemana resultaba del todo congruente con este planteamiento. Y esta vinculación de una ciencia social histórica analítica con un Estado social democrático encontró el eco necesario para convertirse en un paradigma dominante en Alemania, justo cuando en el resto de Europa, especialmente después del sesenta y ocho, estas visiones estaban crecientemente cuestionadas por las nuevas generaciones.

El esfuerzo investigador y la ambición epistemológica desarrollados por el grupo de Bielefeld fueron de unas proporciones notables. Wehler y Kocka desplegaron un alud de publicaciones teóricas y escritos programáticos. Pero los trabajos empíricos no fueron menos importantes: Kocka mostró el valor de los tipos ideales weberianos en sus estudios sobre los trabajadores de cuello blanco de la empresa Siemens a lo largo de la industrialización del XIX y de la Primera Guerra Mundial, o en su estudio también sobre los trabajadores de cuello blanco, ahora en Estados Unidos, entre 1890 y 1940. En estos trabajos Kocka mostraba la naturaleza autoritaria del Estado y de la sociedad alemana, aportando un alud de material a la tesis del *sonderweg*.

#### Referencia bibliográfica

Algunos de los escritos de Kocka se pueden encontrar en la compilación:

**J. Kocka** (2002). *Historia social y conciencia histórica*. Madrid: Marcial Pons.

La teoría de la modernización y la tesis de la "desviación" alemana han sido seriamente contestadas en los últimos años, desde el punto de vista tanto teórico como empírico.

El grupo de Bielefeld, no obstante, ha dejado un legado considerable:

- Recuperó la tradición alemana de una ciencia social histórica.
- Aportó un conjunto de estudios de gran valor empírico sobre la historia contemporánea, tanto de Alemania, como en términos comparativos europeos.
- Abrió un debate serio e historiográfico sobre las causas profundas del nazismo.
- Y, tal como habían hecho los historiadores de los *Annales* en Francia o los marxistas británicos, ensayó a partir de la revisión de la historia nacional un esfuerzo totalizador que explicara el cambio social desde una perspectiva científica y sobre la base del estudio de la vida material.

## 2. La crisis de los grandes paradigmas de posguerra: el giro cultural, el giro lingüístico, género, raza y estudios poscoloniales

En los **últimos años setenta** y bajo el impacto del cambio cultural y político, las **voces críticas con los grandes paradigmas de posguerra no pararon de crecer**. Primero en los círculos más radicales, pero más adelante como respuesta a los interrogantes del mundo exterior y a las incertidumbres de la propia disciplina histórica.

Si el trabajo de los propios historiadores críticos había ido erosionando las concepciones estructurales de la historia para ir haciendo hincapié en los elementos culturales, simbólicos y experienciales, el clima cultural y político de los últimos años setenta acabó de favorecer un cambio de sensibilidad. Con la explosión de la individualidad y el consumo que caracterizó la culminación de la revolución keynesiana en el mundo occidental y, al mismo tiempo, con la crisis de este modelo, cuestionado por los jóvenes contraculturales o sesentayochistas, pero sobre todo por la interrupción repentina a raíz de la crisis económica después de veinticinco años de prosperidad, se planteaban serios interrogantes sobre la idea de progreso lineal inscrita en el corazón del proyecto moderno (en su versión tanto liberal como marxista).

Los **años ochenta** incrementarían esta sensación: la revolución tacheriana en Gran Bretaña y la histórica derrota del sindicalismo inglés; las enormes grietas de los sistemas comunistas puestas en evidencia por los obreros polacos; el rápido y decisivo proceso de desindustrialización en el mundo occidental y la consecuente fragmentación de la clase obrera como sujeto social; la crisis y disolución de la nueva izquierda europea a raíz de su deriva violenta en Italia y Alemania... Estos y otros eran los signos de un cambio de tiempo que el año 1989 se encargaría de sentenciar. Los vínculos estrechos entre política, compromiso social e historia social eran evidentes, y los **intentos de una ciencia histórica social** no serían ya objeto de crítica y revisión, sino que **estallarían debido a su propia inviabilidad política**.

La **historia social**, que había construido los grandes paradigmas de la posguerra a partir del afán de cientificidad, se encontraría en las dos décadas siguientes con un alud de críticos y replanteamientos. Lo más pareciendo a un naufragio.

En parte fruto de su propio desarrollo, las grandes tradiciones que hemos expuesto en el apartado anterior siguieron una evolución que las transformaría radicalmente en el sentido de otorgar una centralidad creciente a la **subjeti-**

**vidad** en su orientación. Así, la tercera generación de los *Annales* pasó del estructuralismo braudeliano al cultivo de la **historia de las mentalidades** –que quería ocuparse del universo simbólico de la vida de los individuos– en pocos años y de una manera masiva. El renovado marxismo occidental, influido por los autores británicos, sin abandonar su compromiso político abarcó la causa de la **microhistoria** o tomó un **giro marcadamente antropológico**, algo que también sucedió en Alemania con la recuperación de la obra de Norbert Elias.

Además, los nuevos movimientos sociales en ascenso plantearon serias **sombras de duda sobre los conceptos centrales con los que se había construido la ciencia social**. La historiografía feminista problematizó seriamente el concepto de clase y el de las relaciones sociales de producción para explicar la opresión de la mujer. Lo mismo ocurrió cuando algunos investigadores plantearon la cuestión racial en Estados Unidos. Y, más tarde, cuando desde el mundo colonial recientemente emancipado se quiso reconsiderar el eurocentrismo de los relatos históricos en uso.

La misma evolución del estructuralismo empujó en esta dirección. Los autores **postestructuralistas** que seguían fieles a la idea de estructura del lenguaje la revisaron en el sentido de reconocer la autonomía completa de este. El texto dejaba de guardar un correlato con la realidad, dejaba de ser una representación de esta y adquiría una completa autonomía.

**Lawrence Stone**, en el año 1979, publicó un artículo en *Pastand Present* con el título "El retorno de la narrativa. Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia". En síntesis, Stone ponía en entredicho la posibilidad de encontrar una explicación científica coherente en las transformaciones del pasado y reivindicaba el lugar determinante de la cultura y la voluntad de los individuos en el cambio social. Se trataba de una insistencia en los aspectos subjetivos de la experiencia humana que no pueden ser reducidos a leyes generales y que solo pueden ser aprehendidos desde el regreso a una **historiografía narrativa**.

A lo largo de los años ochenta y noventa, muchas de estas cuestiones estuvieron en debate. Algunas de las perspectivas que veremos no triunfaron pero, en conjunto, **la historia como disciplina quedó completamente transformada**.

Paradójicamente, el colosal esfuerzo de los grandes paradigmas de posguerra, con su intención científica, había mostrado los límites de algunos planteamientos en el campo de la filosofía de la historia que la inspiraban, pero también del aparato conceptual y metodológico sobre el cual se sostenía. Y, al mismo tiempo, había hecho de portadora de las preguntas que era incapaz de contestar con el instrumental del que disponía. Las décadas que examinaremos a continuación, de mediados de los años setenta a mediados de los años

#### Referencia bibliográfica

L. Stone (1981). "El retorno de la narrativa: Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia". En: *El pasado y el presente* (pág. 95-120). México: Fondo de Cultura Económica.



noventa, reflejan los intentos, muchas veces fragmentarios o exagerados, de encontrar estas respuestas en el difícil reto de restituir al estudio del pasado la capacidad explicativa de la experiencia humana en toda su complejidad.

## 2.1. Mentalidades, microhistoria y antropología histórica

Si las más influyentes manifestaciones de la reorientación cultural que la historia social tomó en los años ochenta se produjeron en Gran Bretaña con las obras de Williams y Thompson, no es menos cierto que donde esta inflexión fue más precoz y generalizada fue en Francia y entre los historiadores de la tercera generación de los *Annales* cuando estos adoptaron mayoritariamente el enfoque de la **historia de las mentalidades**.

Efectivamente, la dimensión cultural en un sentido muy amplio, el de mentalidad, ya estaba presente en la obra de los fundadores.

### Referencia bibliográfica

Así, el libro de Lucien Febvre sobre Rabelais explora esta dimensión para ensayar una explicación más amplia de Francia en la época moderna.

L. Febvre (1993). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI: la religión de Rabelais*. Madrid: Akal.

Pero fue en el año 1974, con la publicación de *Hacer la Historia* de Le Goff y Nora, y en 1978, con la de *La nouvelle histoire* del propio Le Goff con Revel y Chartier, cuando de una manera programática se abrió el campo de trabajo extraordinariamente, hasta el extremo de que la clara voluntad de abandonar un canon de explicación total de la historia sería calificada por Dosse como "la historia en migajas".

En los volúmenes de los años setenta destacaba dentro de los *Annales*, por la novedad, el hecho de dar espacio a la historia política de los acontecimientos que representaba F. Furet, pero sobre todo la renovada atención a las mentalidades. El caso es que **la centralidad en la escuela francesa cambió de temas y acentos paulatinamente**, y pasó a ser ocupada por autores marginales, como Ariès, que había estudiado la muerte y comenzaría a finales de los ochenta, junto con Duby, una colosal *Historia de la vida privada*. De modo todavía más significativo, autores centrales del grupo cambiaron de orientación, como en el caso del propio Duby, que pasó del estudio de las estructuras de la sociedad medieval a publicar obras como *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* (1978) o *El caballero, el cura y la mujer* (1981). O el caso muy significativo de LeRoy Ladurie, que después de su estudio sobre los campesinos de la Provenza a lo largo de tres siglos publicaría *Montaillou, aldea Occitana* (1975), un trabajo precursor de la microhistoria en el que, a partir de un proceso judicial en una pequeña localidad occitana, se explicaba la herejía albigense; más adelante, se ocuparía de la historia del clima o de la brujería. Este impulso, que se había iniciado entre los medievalistas con trabajos como el de Le Goff sobre el pur-

### Referencias bibliográficas

J. Le Goff; P. Nora (eds.) (1974). *Hacer la Historia. Nuevos Problemas. Nuevos Enfoques. Nuevos Temas*, 3 vol. Barcelona: Laia.

J. Le Goff; J. Revel; R. Chartier (dirs.) (1978). *La nouvelle histoire*. París: Retz.

gatorio, se extendió a la historia moderna y a la contemporánea en trabajos como el de M. Vovelle sobre la descristianización en la Provenza en el siglo XVIII (1978).

### Referencias bibliográficas

G. Duby (1980). *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Madrid: Taurus.

G. Duby (1999). *El caballero, el cura y la mujer*. Madrid: Taurus.

E. Le Roy Ladurie (1981). *Montaillou, aldea occitana, 1294-1324*. Madrid: Taurus.

La reorientación francesa tenía su origen en el **diálogo con la antropología**, pero no sería una excepción.

En **Italia**, pero también entre historiadores americanos, se desarrollaría un esfuerzo similar en los objetivos que se conocería con el nombre de **microhistoria**. Influidos por la inspiración de Thompson de hacer una historia desde abajo, y comprometidos también con una perspectiva política, aquello que alejó a los nuevos microhistoriadores de los grandes relatos de la historia social fue el **cuestionamiento de la idea lineal de progreso** que estos planteamientos contenían. Ya no se trataría de conocer las condiciones materiales de la vida cotidiana de los hombres en general, sino cómo estos hombres habían experimentado estas condiciones, comprender la experiencia de los historiados, es decir, considerarlos en su **subjetividad**, y por lo tanto individualmente.

### La influencia de la antropología de Geertz

Metodológicamente, la antropología de Clifford Geertz influyó en esta perspectiva cultural y la facilitó, puesto que este autor consideraba que la cultura no podía ser explicada a través de una ciencia experimental que tuviera que formular leyes generales, sino de una ciencia interpretativa en busca de significado que dotara el mundo de sentido y lo hiciera comprensible. Para hacerlo, proponía sustituir los métodos analíticos característicos de la ciencia experimental por lo que él denominó la *descripción densa*, es decir, la comprensión de los significados clave de cada cultura a partir de una aproximación al objeto de estudio, no guiada por una teoría y un cuerpo conceptual, sino dejando que el sujeto de la investigación hablara por sí mismo.

Carlo Guinzburg y Giovanni Levi, desde *Quaderni Storici*, la revista de referencia de esta orientación, y también su compatriota e historiador de la economía Carlo Cipolla fueron, junto con la norteamericana Natalie Zenon Davis, los iniciadores de esta corriente con una serie de trabajos que obtendrían un gran impacto.

En el **planteamiento microhistórico** se da prioridad al **relato**, puesto que se trata del aprovechamiento de un pequeño acontecimiento singular como fuente de conocimiento universal, es decir, de un intento de acceder a consideraciones y explicaciones macrohistóricas a partir de estudios micro.

Así, en *El queso y los gusanos* (1976), Carlo Guinzburg narra, a partir de la documentación de un proceso judicial, la visión del mundo de un molinero del Friuli en el siglo XVI llamado Menocchio, con una fidelidad absoluta al documento. En un sentido parecido, la norteamericana Natalie Z. Davis explica en *El retorno de Martin Guerre* (1983) la historia de un forastero que se hace pasar por el esposo retornado después de una larga ausencia de una campesina que acepta la impostura en la Francia del siglo XVI.

C. Guinzburg (1981). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik.

N. Z. Davis (2005). *El retorn de Martin Guerre*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

Se trata de acceder a los protagonistas de esta historia desde abajo, lo que raramente deja otros testigos que los procesos judiciales o las actas testamentarias.

En **Alemania** la ciencia social histórica también fue contestada desde planteamientos parecidos por los representantes de la **antropología histórica**, inspirados en la obra de Geertz y del también antropólogo Marshall Shallins. En este caso fue el esfuerzo por estudiar la protoindustrialización lo que llevó a historiadores como Hans Medick, Peter Kriedte, Jürgen Schulumbohm, Herbert Kish y Franklin Mendels hasta estos planteamientos. Estos autores llegaron a la microhistoria a partir, justamente, de la macrohistoria, de los estudios demográficos de la Edad Moderna que intentaban registrar a partir de métodos cuantitativos. Pero estos métodos no tenían rostro, y de aquí pasaron al estudio de las familias y a las historias de vida, que permitían conocer las relaciones personales y las redes sociales familiares en periodos largos. El uso de los testamentos como fuente era un instrumento de primer orden; así, Medick pudo estudiar la cultura libresca a partir de los inventarios que encontró.

El enfoque microhistórico y la introducción de los métodos de la antropología histórica abrieron la puerta a un alud de estudios locales en todo el mundo que a menudo confirmaban hipótesis generales o las cuestionaban seriamente. El género biográfico renació poderosamente como una manifestación de este regreso a la cultura después de décadas de ser considerado poco menos que divulgación.

Pero, en líneas generales, el giro cultural también encontró sus límites como planteamiento metodológico; si la ciencia social histórica de la posguerra había mirado preferentemente hacia la sociología y la economía, el giro cultural lo hacía hacia la antropología de manera preferente. En el fondo, se ponía de manifiesto la incomodidad de la historia para convertirse en una **ciencia social total**, capaz de entender y explicar la complejidad de los mundos pasados en los que quería penetrar.

## 2.2. El giro lingüístico

El giro cultural había propiciado a la vez un **giro hacia la narrativa**, tal como señaló Lawrence Stone en 1979. Pero la recepción en el campo historiográfico de la crítica postestructuralista y del posmodernismo en general llegó mucho más allá.

Ya no eran dudas sobre la idea lineal de progreso acuñada por la Ilustración lo que se planteaba, sino la validez de los ideales modernos y de su racionalidad.

Las insuficiencias teóricas y metodológicas abonaron la busca de nuevos caminos, entre los cuales adquiriría relevancia el **giro lingüístico**, un concepto que se había acuñado en Gran Bretaña en torno a trabajos específicamente inscritos en la tradición de la historia social.

Como, por ejemplo, el de William Sewell sobre el lenguaje laboral en el siglo XIX francés (1980), o el de Gareth Stedman Jones sobre los lenguajes de clase (1983), que quería ser una continuación directa de la línea iniciada por Thompson.

**W. Sewell** (1992). *Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*. Madrid: Taurus.

**G. Stedman Jones** (1989). *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Madrid: Siglo XXI.

Esta orientación influiría sensiblemente en la apertura de **nuevas perspectivas**, como la de **género** en los trabajos de Joan Wallach Scott (1988), la de **raza**, etc.

Para estos autores, el estudio del lenguaje constituía un poderoso instrumento para la comprensión del cambio político y social. Se trataba de la reconstrucción del discurso para comprender los marcos mentales de los sujetos históricos y la construcción de su propia historicidad.

### La influencia de Foucault

Esta atención al lenguaje guardaba relación con la recepción entre los historiadores de la obra de Foucault, que había dado también una nueva orientación a la forma de entender el poder. Las concepciones tradicionales que se centraban en una visión institucionalizada de este y en las formas de dominación económica o en la acción del Estado quedaron superadas por una concepción del poder centrada en las relaciones interpersonales y en su relación con el saber, haciendo hincapié en el papel disciplinador del lenguaje a través del concepto de discurso que delimita aquello que puede ser o no pensado en contextos específicos de espacio y de tiempo.

El propio **estructuralismo** vivió una evolución interna en la misma dirección. La teoría estructuralista provenía de la teoría lingüística de Ferdinand de Saussure, de quien se había tomado la idea de estructuras del lenguaje que condicionan el pensamiento humano para trasladarla al campo de las ciencias sociales y de la historia en las estructuras sociales que condicionan y conforman

### Referencia bibliográfica

**L. Stone** (1981). "El retorno de la narrativa: Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia". En: *El pasado y el presente*. México: Fondo de Cultura Económica.

### Referencia bibliográfica

**J. W. Scott** (2008). *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

la vida social. Autores como Roland Bhartes y Jacques Derrida, tomando como eje el concepto foucaultista de discurso, plantearon que el texto no guarda ninguna relación con el mundo exterior y es, por lo tanto, una unidad cerrada; **lo que importa, pues, es el texto y no el contexto** en el que fue producido. En el fondo, esta crítica se dirige contra las concepciones ideológicas que guían cualquier autor intentando deconstruirlas, pero va mucho más allá, reduciendo las prácticas discursivas a las trazas del texto. La **debilidad del planteamiento** reside en el riesgo de un **formalismo excesivo** y en la **arbitrariedad del método**. Esta concepción se trasladó al mundo de la historia dando lugar a la **concepción posmoderna del giro lingüístico**.

Los más radicales de los trabajos de esta orientación fueron los de White y LaCapra, decididamente influidos por el posmodernismo. La obra más significativa de Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973), intentaba mostrar por medio del estudio de cuatro historiadores clásicos del siglo XIX, –Michelet, Tocqueville, Ranke y Burckhardt–, y de cuatro filósofos de la historia, –Hegel, Marx, Nietzsche y Croce–, que no existe ningún criterio histórico-científico para establecer la verdad, pero que tampoco existe ninguna diferencia entre ciencia histórica y filosofía de la historia. White admite que el trabajo filológico-científico sobre las fuentes puede establecer los hechos, pero niega que se pueda, a partir de estos, construir una concatenación causal que dé como resultado una visión coherente del pasado guiada por criterios científicos, e intenta demostrar que estos criterios son de naturaleza estética o moral. La estética vendría determinada por la elección de una de las posibilidades retóricas que el historiador tiene al alcance, que son limitadas, y las morales a criterios de esta naturaleza, es decir, ideológicos. En esta visión la diferencia entre descubrimiento e invención en historia queda completamente difuminada y, a su vez, cualquier criterio de veracidad real o formal también.

H. White (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

El principal problema de esta concepción, que ha encontrado en autores como Jenkins su versión más radical, ha sido su **dificultad para producir textos históricos que fueran más allá de la pura teoría**. De hecho, su valor se ha circunscrito a señalar algunos de los riesgos con los que se enfrenta el historiador en su narrativa, pero sin aportar elementos operativos a la construcción de un nuevo saber.

En definitiva, la puesta en valor del lenguaje en las últimas décadas pone de relieve que si bien nuestras ideas sobre la realidad histórica y la intencionalidad humana se vuelven más complejas y problemáticas, esto no quiere decir que se pierda la posibilidad de un conocimiento del pasado que resulte operativo.

En este sentido, no resulta casual que el propio Lawrence Stone, que en 1979 reclamaba en *Past and Present* un regreso a la narrativa para hacer una historia comprensiva, en el año 1991 en la misma revista hiciera, en palabras de Fontana,

"un angustiado llamamiento a una historia que se ocupara de los acontecimientos y la conducta operante sobre la base de textos contemporáneos y con el fin de explicar los cambios ocurridos a los hombres. El llamamiento venía justificado por el miedo a que la posmodernidad convirtiera la ciencia histórica en una especie en peligro de extinción".

J. Fontana (1992). *La història després de la fi de la història. Reflexions i elements per a una guia dels corrents actuals* (pág. 75). Vic: Eumo.

### 2.3. Las historias subalternas: de la representación a la construcción

La problematización de la capacidad explicativa de las categorías de análisis social como la clase no fue tan solo, ni sobre todo, un fenómeno ligado al debate teórico de los científicos sociales. Un marxista como Eric Hobsbawm, en su texto "¿Se ha detenido la marcha hacia adelante de la clase obrera?", planteaba en 1978 que la antigua estructura de la clase obrera, que permitía una filiación y una identificación política, se estaba desmembrando debido a la creciente fragmentación social, y que si la izquierda quería mantener la relevancia primaria de las desigualdades materiales y de poder, tenía que repensar las formas de unidad política, tanto por lo que concernía a las bases sociales a quienes se dirigía, como renovando su retórica y sus ideas.

Estas dificultades y la perspectiva materialista se pusieron de relieve con el desafío que representó la aparición de una historiografía feminista. Y a la problematización que generó la perspectiva de género, pronto se sumaron otras, como la raza, la etnia, la sexualidad, la nación y la región, la generación, la religión, etc.

Particularmente relevantes serían en este sentido las transformaciones ligadas al **género**, la **raza**, y las **culturas subalternas** y los **estudios coloniales**, que a su vez tendrían impacto sobre el modo de enfocar problemas más generales, como la creación de identidades nacionales o el estudio del imperialismo y, en el límite, la revisión radical de la idea de historia universal.

A partir de los **años sesenta**, y con el desarrollo político del movimiento feminista, este se vio en la necesidad de historiar el sujeto social que quería reivindicar y movilizar, y en este contexto empezó a emerger la **historia de las mujeres**. En los **años setenta**, y de acuerdo con las nuevas perspectivas de la historia social y el giro cultural que tomó, esta mirada estrictamente política se amplió hacia el estudio de todos los aspectos del pasado de las mujeres, y el campo adquirió un espacio académico propio. La teoría feminista se apartó rápidamente de la terminología propia de la ciencia social para adoptar un nuevo lenguaje de patriarcado, trabajo doméstico, reproducción social y reproducción sexual del trabajo.

Crecientemente influida por el psicoanálisis, el postestructuralismo y el análisis del discurso, en los **años ochenta** se produjo el cambio decisivo, el paso de la historia de las mujeres a la **historia de género**.

El proceso había sido: del feminismo a las mujeres, y de estas, al género, paralelamente al paso de un interés estrictamente político a uno más amplio que impactaba sobre el mundo académico. Se necesitaba una manera de pensar la diferencia de sexos y el modo como esta definía relaciones entre individuos y grupos sociales; la categoría mujer, biológicamente determinada, planteaba en este sentido serios problemas, al insistir en connotaciones sociales y culturales más que en connotaciones físicas. Así, *hombre*, *mujer* y *sexo* fueron sustituidos por *feminidad*, *masculinidad* y *género*. Este cambio conceptual estaba en la línea de reconocer una creciente pluralización de los sujetos sociales, vistos ahora como **construcciones**, fueran la clase, la raza o la etnia; y, al mismo tiempo, permitía relacionarlos entre ellos en busca de una comprensión que admitiera más complejidad.

Esta perspectiva tuvo una primera y muy influyente formulación en el texto de Joan Scott de 1986 "Gender: A Useful of Historical Analisis". Scott formaba parte de los historiadores que, proviniendo de la historia social, habían adoptado el giro lingüístico como método de trabajo. Se trataba, no obstante, de un planteamiento teórico. Los trabajos de historia se irían desarrollando en esta dirección en la década siguiente con enfoques tan atractivos como el de Carolyn Steedman en *Landscape for a Good Woman* (1986), donde la autora utilizaba la propia biografía y la de su madre para cuestionar algunas de las principales imágenes de la historia británica, o el trabajo de Denise Riley "Am I That name?" (1987), donde se reflexionaba sobre la naturaleza indeterminada y cambiante del concepto mujer. Fuera del mundo anglosajón, se produjo una expansión muy significativa de este planteamiento con resultados y discusiones de naturaleza muy distinta.

Si el feminismo fue el primer territorio donde el giro cultural y el postestructuralismo abrieron un nuevo campo de trabajo, este no fue el único. El caso de la **raza** planteaba problemas nuevos y diferentes de los enfocados en el caso del género. Efectivamente, la raza no tenía ninguna base objetiva de naturaleza biológica y podía ser presentada como una construcción histórica y social; era, por lo tanto, ideología. Pero el hecho de ser una **construcción ideológica** no la hacía menos real. Este enfoque tendía a ver la ideología racial como una máscara de intereses para perpetuar y reproducir una estructura de dominación.

**David Roediger**, en *The Wages of Whiteness: Race and Making of the American Working Class* (1991), hizo notar que este planteamiento tendía a presentar la raza como una estratagema ideológica al servicio de un sistema más grande de dominación, fuera este un poder político, económico o social, y junto con otros historiadores hizo ver cómo el racismo obedece a un conjunto de creen-

#### Referencia bibliográfica

C. Steedman (1986). *Landscape for a Good Woman: a history of two lives*. Londres: Virago Press.

#### Referencia bibliográfica

D. Roediger (1991). *The Wages of Whiteness: Race and Making of american working Class*. Londres: Verso.

cias explícitas, parcialmente articuladas, y presunciones inconscientes que generan formas de connivencia y complicidad. El concepto de *whiteness* (blancura) quería poner a cuerpo descubierto formas racialmente configuradas de identidad comparables con la ubicación de clase a la hora de participar en el sentido de pertenencia al mundo. No se trataba, pues, de una máscara, sino de otro tipo de división social. Roediger se planteaba cuáles eran las compensaciones psíquicas que la blancura podía proporcionar a los trabajadores blancos, y señalaba cómo el estatus y los privilegios de raza podían funcionar como un poderoso sistema de compensación y maquillaje en situaciones de explotación de clase. En una cultura pública tan implacablemente construida en torno a la raza como la americana, esta se convertía en la condición del no-blanco; la condición normal norteamericana es ser blanco, y esto tenía consecuencias no solo en las condiciones sociales y el bienestar psíquico, sino también en la adquisición de la ciudadanía y los derechos políticos.

En Europa el problema no se presentaba con esta claridad. En el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham, Stuard Hall publicó *The Empire Strikes Back: Race and Racism in 70s Britain* (1982), donde planteaba cómo la identidad nacional británica en su fase postimperial se articulaba en torno a la blancura, es decir, a la raza. Tal consideración pasó al campo de los historiadores, que empezaron a considerarla en sus estudios sobre el pasado británico del Imperio y las relaciones del colonialismo con la metrópoli.

Esta línea conectaba con otro campo que desde finales de los setenta se estaba desplegando a partir de la obra de **Eduard W. Said** *Orientalismo* (1978). Said, que era un profesor de literatura palestino que profesó en varias universidades americanas influido por Williams y los estudios culturales, mostraba en su libro cómo a partir del Renacimiento los occidentales habían construido un conjunto de representaciones y una matriz conceptual de *oriente* a partir de la cual se pensaba al otro. Said examinaba la literatura, las imágenes, el arte, los estudios académicos de todo tipo, apelando al análisis de las prácticas culturales y al mundo de las ideas, para hacer evidente esta construcción, que era una negación de este otro real y existente, constituyendo una forma de imperialismo cultural que continúa renovándose hasta nuestros días. Evidenciaba que la aventura colonial, con la fuerza militar y burocrática del Imperio, estuvo sostenida por una invasión ideológica del espacio cultural de los países colonizados, mientras en la metrópoli el hecho del Imperio fue más allá del espacio político y económico, para convertirse en una estructura constitutiva de la propia sociedad y de su cultura.

**Dos tipos de problemas** conectados con estas preocupaciones se desarrollaron en los años ochenta, los **estudios en torno a la nación y los nacionalismos**, y los **estudios subalternos**.

Respecto a los **estudios sobre la nación**, en el año 1983 Benedict Anderson publicaba su libro *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Este trabajo de Anderson apareció en el mismo año

#### Referencia bibliográfica

E. W. Said (1991). *Orientalisme*. Vic: Eumo.



que *Naciones y nacionalismos* de Ernest Gellner, y *El invento de la tradición*, un conjunto de estudios editados por Eric Hobsbawm y Terence Ranger. Los tres planteaban la naturaleza moderna del concepto de nación, ligada a la difusión del liberalismo y la industrialización, y la naturaleza legitimadora de las tradiciones nacionales, que eran siempre una construcción moderna. En este sentido, Anderson hablaba de "comunidades imaginadas", puesto que la nación establecía vínculos entre individuos que a pesar de no conocerse se sentían vinculados por un conjunto de prácticas que los diferenciaban de los otros. Eran comunidades imaginadas, pero no forzosamente inventadas, aclaraba. Para Anderson, los factores decisivos de la formación de la nación-Estado moderna eran:

- El desarrollo de las lenguas vernáculas en detrimento de las lenguas cultas muertas a través de la alfabetización.
- La difusión de las ideas de la Ilustración sobre el sistema de derechos individuales.
- La difusión de la imprenta como vehículo de homogeneización cultural sobre unas sociedades tradicionales fuertemente fragmentadas.

Los modernizadores, en definitiva, hacían hincapié en la **naturaleza de construcción cultural que tenía la nación moderna** y en el **papel nacionalizador de las tradiciones nacionales**, a menudo "inventadas" o reconstruidas.

El otro hecho, que conectaba con los planteamientos de Said sobre el colonialismo, fue la creación de la colección "**Estudios Subalternos: Estudios sobre historia y sociedad del Sur de Asia**", que llegó a editar once volúmenes en dos series (1982-1989 y 1996-2000) por parte de un grupo de historiadores indios, australianos y británicos. Inspirados por el historiador indio Ranajit Guha, autor de *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (1983), se opusieron a la historiografía autoconmemorativa del nacionalismo poscolonial, a la óptica eurocéntrica de los estudios asiáticos europeos y a las concepciones de los deterministas y economicistas del marxismo tradicional. Utilizaban el término *subalterno* para referirse a los **grupos sociales subordinados que no disponían de formas de autonomía política organizada**. Para hacerlo, se centraron en las formas de resistencia popular a la penetración colonial, fueran de clase, casta, edad, género u oficio. Destacaría en este grupo por su proyección posterior Dipesh Chakravorty, autor de *Al margen de Europa* (2000), en un campo que ha venido a identificarse como el de los estudios poscoloniales y que desde esta mirada ha abarcado la literatura, el arte, la política y la sociedad.

### Referencias bibliográficas

- B. Anderson** (2005). *Comunitats imaginades: reflexions sobre l'origen i la difusió del nacionalisme*. València: Afers-Universitat de València.
- E. Hobsbawm; T. Ranger** (1988). *L'invent de la tradició*. Vic: Eumo.

Y en el límite, ha cuestionado también la ideade historia universal, de fuertes connotaciones eurocéntricas, para proponer su revisión por una **nueva historia** del mundo de alcance efectivamente planetario que ensaye una explicación del desarrollo de las diversas culturas y naciones de manera interrelacionada y sin subordinaciones.

Un ejemplo significativo en esta dirección es el libro del historiador indio Cristopher A. Bayly *El nacimiento del mundo moderno 1780-1914* (2004).

C. A. Bayly (2010). *El nacimiento del mundo moderno 1780-1814*. Madrid: Siglo XXI.

En conjunto, los años ochenta representaron una difícil y fragmentada **transición** desde una historia social crecientemente cuestionada por el propio desarrollo de sus postulados más críticos, hacia la exploración de **nuevas formas de hacer historia** que abandonaban las formas simples del materialismo. El acento en la **cultura** como una parte constitutiva de los procesos sociales y económicos y el desarrollo, a menudo en los márgenes, de **nuevos conceptos**, como género, raza, subalternidad, fueron nutriendo una perspectiva en la que la agencia humana se encontraba en el centro de los procesos históricos y, en consecuencia, estos podían ser examinados como **construcciones**, tanto ideológico-culturales como políticas y sociales.

### Referencias bibliográficas

R. Guha (1993). *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in colonial India*. Oxford: Oxford University Press.

D. Chakravorty (2008). *Al margen de Europa. ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?* Barcelona: Tusquets.

### 3. Los usos de la historia: más allá de la Academia

Si en el periodo inmediatamente posterior a la posguerra, bajo los efectos de la tragedia colectiva y la amenaza nuclear, la historia se refugió en el mundo académico, a partir de los años sesenta varios factores coadyuvaron a un nuevo protagonismo de esta en la sociedad. Particularmente en Europa, golpeada por la experiencia del Holocausto y la culpa colectiva, el paso del tiempo y la emergencia del protagonismo social de unas generaciones que no habían vivido la tragedia facilitaron el **final de la política del olvido** y la puesta en **discusión pública de las responsabilidades adquiridas**, no solo en Alemania, sino también en Francia y en otros países. Al mismo tiempo, la democratización del acceso a la universidad y la extensión de los estudios de historia, así como el hecho de que muchos de los graduados no pudieran acceder a posiciones profesionales, activaron un conjunto de iniciativas, muchas veces de carácter local y *amateur*, que **expandieron excepcionalmente los estudios históricos fuera de las universidades**. Por último pero no menos importante, la idea de *historia desde abajo*, muy ligada al marxismo heterodoxo y a la Nueva Izquierda, actuó –al menos en los años setenta y ochenta– como un poderoso estímulo a las nuevas formas de hacer historia, también fuera de los ámbitos académicos y con una perspectiva de compromiso político activo.

En este periodo y desde perspectivas diferentes, tanto en Francia –a partir de la publicación de la monumental obra dirigida por uno de los principales representantes de la tercera generación de los *Annales*, Pierre Nora, *Les lieux de la mémoire* (1984-1992)– como en Gran Bretaña –a partir de la experiencia del movimiento de los *History Workshops* de los años setenta y ochenta y la recapitulación que Raphael Samuel hizo en su libro *Teatros de la memoria* (1996-1997), donde se tomaban en consideración todas las prácticas sociales del pasado como material de base, más allá de la historia académica y de la voluntad de construir una ciencia social–, la memoria se constituía en un **nuevo territorio donde elaborar la experiencia del pasado**, unas veces en confrontación con la historia, y otras bajo el impulso decidido de historiadores profesionales.

Los últimos años noventa y la primera década del siglo XXI vivirían una **explosión del concepto de memoria**. La memoria colectiva sería un objeto de debate social e incluso de legislación. Los poderes públicos, no sin polémica, se erigirían en algunos países en sus administradores. Y el concepto decimonónico de patrimonio histórico, al mismo tiempo que era cuestionado junto con todas las otras construcciones de los pasados nacionales, se extendía desde el puro monumento hacia el folclore, las lenguas, las costumbres, las fotografías e incluso los relatos orales. Todo vestigio existente era susceptible de resultar patrimonializado, custodiado por lo tanto por los poderes públicos y convertido en un bien de consumo cultural.

#### Referencias bibliográficas

P. Nora (dir.) (1984-1992). *Les lieux de la mémoire*, 3 vol. París: Gallimard.

R. Samuel (2008). *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

A su vez, la **idea de una historia nacional**, uno de los pilares de la construcción del Estado liberal moderno, **sería crecientemente cuestionada**. Progresivamente, **se hablaría de historias, más que de historia**. Los libros de texto serían examinados comparativamente y su sesgo adoctrinador se pondría de manifiesto. El libro de Marc Ferro *Cómo se cuenta la historia a los niños a través del mundo* (1983) lo mostraría con una amplia investigación que tendría resonancia mundial. La idea de discurso o construcción para comprender los relatos históricos adquiriría en este campo toda su significación; a partir de las perspectivas "modernistas", se mostraría la **historia nacional como una construcción política** de los Estados nacionales o de los nacionalismos emergentes en busca de legitimidad y con el objetivo de nacionalizar a los ciudadanos.

En parte porque el activismo de los historiadores de izquierdas de los años setenta lo había propiciado, en parte porque la fragmentación social, política y de los saberes lo propiciaría crecientemente, en las décadas siguientes la **historia** dejó de ser un terreno acotado por unos especialistas eruditos, para convertirse en un **espacio de debate social y político**.

Por un lado, el cuestionamiento del paradigma moderno con su teleología histórica de un progreso material y político lineal, que Fukuyama intentaba recuperar demasiado tarde en su versión elemental de la teoría de la modernización y donde el conocimiento científico del pasado nos mostraba el camino de un futuro ineludible, había quedado en entredicho. Pero por otro, en la sociedad fragmentada y llena de incertidumbres que se denominaba posmoderna no parecía haber una relación clara entre pasado y futuro. El caso es que, llegados al siglo XXI, mientras las incertidumbres del presente impactan sobre el mundo académico provocando preguntas incómodas y la necesidad de repensar la disciplina desde otros presupuestos, a nivel social la sobreinformación sobre el presente no hace más que generar unas mayores incertidumbres sobre el futuro y una demanda creciente de conocimiento del pasado, ya sea con finalidades lúdicas o sociales. Ninguna generación antes de la nuestra ha tenido tanta información sobre las condiciones del presente y, potencialmente, sobre las del futuro, pero al mismo tiempo, ninguna generación anterior ha vivido con tanta incertidumbre los cambios en curso y ha creído saber menos sobre su propio futuro biográfico. El espacio del presente se ensancha al mismo tiempo que el del futuro se restringe, y con él, el del pasado en los términos en los que lo habíamos aprendido a pensar.

### 3.1. La historia desde abajo en acción: los *History Workshop*

Como hemos visto, la mayor parte de los historiadores sociales mantuvieron un fuerte compromiso político en los años setenta. Este compromiso acompañó en toda Europa la aparición de los nuevos movimientos políticos denominados de **Nueva Izquierda**, que generalmente se situaban fuera de los partidos de la izquierda tradicional e interpelaban a la juventud post-sesenta y ocho. No es extraño que fuera en Gran Bretaña, donde los historiadores sociales, como Thompson, Rude o Williams, habían tenido un papel pionero en la cons-

#### Referencia bibliográfica

M. Ferro (1990). *Cómo se cuenta la historia a los niños a través del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

trucción de la llamada *historia desde abajo*, con su contenido populista, donde apareció el **primer y más significativo movimiento de historiografía desde abajo: los *History Workshops***.

La iniciativa nació en torno al **Grupo de Historia Social de Oxford**, nacido en el año 1965 como un seminario semanal. Animado por el profesor **Raphael Samuel**, del Ruskin College –una institución vinculada al mundo sindical donde profesó entre 1961 y 1996–, en él participaban también Gareth Stedman Jones, el historiador español especialista en anarquismo Joaquín Romero Maura y el especialista en nazismo Tim Manson, entre otros. El grupo, a pesar de denominarse *de Oxford*, no estaba vinculado a la Universidad, sino que lo formaban más bien personas con posiciones académicas periféricas. A partir de 1967, y con el objetivo de abrir un espacio más amplio de discusión, se empezaron a convocar los *History Workshops*, primero con una periodicidad anual y después con más frecuencia y una amplísima participación. En el año 1972, a lo largo de un fin de semana, se reunieron más de dos mil personas. El tema del primer taller era "Un día con los cartistas", y primero estuvieron muy centrados en la historia del trabajo, pero, siguiendo el desarrollo de la historia social en general, pronto se abrieron a otros temas, como la historia de las mujeres, de la familia o de los niños.

El **objetivo** era crear una **auténtica historia popular**, capaz de impugnar la versión oficial de la historia nacional, pero no solo renovando el contenido, sino también los métodos, haciendo un llamamiento a una **elaboración colectiva**.

Samuel fundamentaba esta elaboración colectiva en:

"La creencia de que la historia es o tendría que ser una empresa de colaboración, en la cual el investigador, el archivero, el conservador y el maestro, el 'hágalo usted mismo' entusiasta del historiador local, las sociedades de la historia de la familia y el arqueólogo industrial, todos tienen que ser considerados igualmente comprometidos y necesarios en su dedicación".

R. Samuel (2008). *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

A partir de 1975 se empezó a publicar la revista *History Workshop Journal*, que trataba de reactivar una historia comprometida como la de los primeros años de *Pastand Present*, y que se publicaría hasta 1990. Y a partir de 1979 los talleres anuales empezaron a hacerse por toda Inglaterra. Se trataba de una especie de festivales populares donde se podía encontrar a los académicos comprometidos con la historia desde abajo y a todo tipo público interesado por la historia y la nueva política. En este contexto, pudo aparecer con toda su amplitud un movimiento como el de la historia de las mujeres.

En realidad, se trataba de una especie de utopía, de construcción colectiva y popular que se quería confrontar con la objetividad aparentemente no política de la historia académica, y que procedía desprofesionalizando la historia, poniéndola en manos de sus protagonistas, con la creencia de que la historia oficial, con su relato de objetividad, tenía la función de "disciplinar" el pasado.

El movimiento empezó a decaer en los años de la hegemonía tacheriana, que supusieron un amplio debilitamiento de los movimientos populares en Gran Bretaña. Samuel, no obstante, en los últimos años de su vida, en la monumental obra en tres volúmenes *Teatros de la memoria* (1994-1995), quiso legar una amplia reflexión teórica sobre su experiencia. En este sentido, Samuel veía la historia como una "forma orgánica de saber", inspirada no solo en la vida real, los archivos y las crónicas, sino también en la memoria y el mito, la fantasía y el deseo. Su objeto de estudio es híbrido, una forma de saber sincrética entre pasado y presente, y sus vestigios se encuentran en un abanico de experiencias infinitas.

La experiencia británica tuvo a finales de los años sesenta numerosas imitaciones en toda Europa, que, igual que en Gran Bretaña, fueron decayendo a lo largo de los años ochenta.

#### El caso catalán

En Cataluña, el renacimiento del Centros de Historia Local, o los Archivos Históricos Locales, arrancaron a menudo de movimientos sociales comprometidos con el cambio político durante la transición y se convirtieron más adelante, con el regreso de la democracia municipal, en una pieza institucionalizada de la recuperación de la identidad local y de la conciencia política democrática.

### 3.2. Los lugares de la memoria y la legislación memorialística en Francia

**Pierre Nora**, uno de los principales representantes de la tercera generación de los *Annales*, que ya había desempeñado un papel importante en el giro que dio la escuela como uno de los directores del volumen colectivo *Hacer la Historia* (1974), había destacado como editor –en la casa Gallimard– y como fundador de la revista de pensamiento *Debat* (1980). Pero **su influencia decisiva** en la historiografía de las últimas décadas del siglo XX se produjo a raíz de la monumental obra que dirigió con el título *Les lieux de la mémoire*. La obra, que contaba con un centenar de colaboraciones de los principales historiadores de Francia, intentaba reconstruir el papel público de la historia en la sociedad francesa contemporánea. Empezó su publicación en 1984, cuando apareció el primer volumen, y no acabó hasta 1992 debido a su complejidad y gigantismo. Un esfuerzo como este iba vinculado a la conmemoración del bicentenario de la Revolución francesa que el presidente Mitterrand impulsó decididamente.

#### Referencia bibliográfica

R. Samuel (2008). *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

#### Referencias bibliográficas

J. Le Goff; P. Nora (eds.) (1974). *Hacer la Historia. Nuevos Problemas. Nuevos Enfoques. Nuevos Temas*, 3 vol. Barcelona: Laia.

P. Nora (dir.) (1984-1992). *Les lieux de la mémoire*, 3 vol. París: Gallimard.

La estructura de *Les lieux...* estaba dividida en tres partes: la revolución, la nación y Francia. La novedad del planteamiento residía en el hecho de que no se intentaba explicar una historia de la Francia contemporánea, sino examinar todos aquellos ámbitos donde se producían discursos públicos sobre el pasado francés.

El concepto clave era **lugar de memoria**. Para Nora, la memoria era lo contrario que la historia, una **reconstrucción del pasado con finalidades instrumentales o políticas**. De este modo, se separaba de la historia, que, hecha de modo independiente del poder, tiene una perspectiva más distanciada. El lugar de memoria es el taller donde se construye el pasado con el fin de mistificarlo para usos políticos: las conmemoraciones, los nombres de calles, los monumentos, las fiestas y símbolos nacionales, etc.

Los objetos portadores de tales cualidades pueden ser infinitos: flores –como la flor de lis–, colores –el rojo para la izquierda–, personajes reales –De Gaulle, Juana de Arco–, personajes legendarios, canciones, etc.

Aquello que interesa a Nora es el **proceso de rememoración**, es decir, cómo aquello que pasó es nuevamente recordado, traído al presente de forma forzosamente artificial con un significado vinculado a las condiciones políticas, sociales o económicas de este presente. En este sentido, al estudiar los lugares de memoria que una sociedad recrea, el historiador se está haciendo eco de las **construcciones simbólicas del poder** vinculadas a los usos del pasado en una sociedad concreta. Así, el significado de cierta conmemoración, los valores que quiere resaltar, nos explican cosas significativas sobre las relaciones de poder y los símbolos de la sociedad que conmemora. Pero esto no significa la aceptación de la idea de memoria colectiva, puesto que para Nora son los individuos quienes están dotados de memoria, mientras que son los grupos de poder los que establecen rememoraciones con objetivos políticos determinados. Estos procesos deben ser estudiados por el historiador porque revelan las estrategias de estos grupos para obtener la hegemonía en el espacio público.

El hecho relevante en el planteamiento de Nora es la **contraposición entre memoria e historia**. Se trataría de dos narraciones del pasado, pero mientras que la **memoria** sería fruto de mistificaciones conscientes o inconscientes de este pasado al servicio del presente, la **historia** tendría como objetivo la comprensión de aquello que sucedió en el pasado a través de métodos críticos. Hablar, por lo tanto, de *memoria histórica* estaría fuera de lugar por esta oposición de los dos términos.

### **Coincidencias con Hobsbawm**

La posición de Nora en este sentido estaría cerca de la de Hobsbawm en *El invento de la tradición* y, en general, en la línea que a lo largo del siglo XX se había esforzado por construir una ciencia histórica objetiva, suficientemente distanciada de sus objetos de

estudio y solo vinculada con el presente por el punto de partida ético del historiador que dispone las preguntas primigenias de la investigación.

El trabajo de Nora, de una enorme ambición, ha tenido una gran trascendencia a la hora de revisar las historias nacionales, y han sido historiados los lugares de la memoria alemanes, rusos e incluso catalanes. Aun así, no dejaba de resultar problemático en el contexto de una sociedad con una demanda creciente de relatos sobre el sentido y, por lo tanto, sobre el pasado.

### **El peso del presente**

En Francia mismo, la conmemoración del bicentenario de la Revolución francesa en 1989 sirvió para que algunos historiadores encabezados por François Furet contrapusieran esta revolución a la revolución bolchevique, justo en el momento de la caída del comunismo en los países del Este. Para Furet, la historia jacobina de la revolución había alimentado su propia perversión, cuando los ideales ilustrados fueron sustituidos por las utopías roussonianas y más adelante comunistas. El presente pesaba de una forma determinante en el pasado, también en la interpretación académica de este.

Si en algún país la **irrupción de la memorialística** ha ido acompañada de una fuerte polémica pública que ha acabado enfrentando a la mayor parte de los historiadores profesionales con los poderes del Estado, ha sido en Francia. Este hecho se debe a que este país ha sido el más activo en la producción de las llamadas **leyes memorialísticas**. El hecho se remonta a la **primera ley sobre memoria, la Ley Gayssot**, que creaba a propósito de los crímenes contra la humanidad el delito de "contestación" con implicaciones penales; es decir, la negación de estos crímenes era susceptible de conllevar sanciones penales.

Para entender esta legislación, es necesario tener en cuenta el clima político que los procesos abiertos contra antiguos colaboracionistas en las deportaciones nazis del Gobierno de Vichy –casos Barbier, Papon y Touvier– y la campaña negacionista puesta en marcha por Robert Faurrison al amparo de los éxitos electorales del Frente Nacional y la amplia reacción pública que provocaron. Hasta el punto de que dieron lugar a la formulación del "deber de memoria", aquello que no podía ser olvidado como deber ético.

En realidad, Francia tardó mucho más que cualquier otro país europeo occidental en afrontar su pasado. El resultado de la guerra y el hecho de que la iniciativa minoritaria pero exitosa de De Gaulle le hubiera permitido sentarse en el bando ganador le había permitido obviar las responsabilidades nacionales del Gobierno colaboracionista de Vichy, que se depuraron muy tarde en el plano penal y social –en la década de los ochenta y noventa, a pesar de que en el terreno académico, los trabajos de Paxton, Sternhell, Winock y otros, fueron algunas de las más apreciables aportaciones a la comprensión del fascismo europeo–. Quizá porque se daban estas condiciones especiales, la reacción resultó tan rotunda y, de hecho, la Ley Gayssot de 1990 no recibió contestación.

Más adelante, en el 2001, se aprobarían dos nuevas leyes memoriales, una que reconocía el genocidio armenio y otra "reconociendo la trata de esclavos como crimen contra la humanidad", y en el 2005 una última ley reconocería la contribución a favor de Francia de los repatriados de las antiguas colonias,



Argelia e Indochina. Además, la ley, en lo referente a la esclavitud, introducía la idea de que los manuales escolares tratarían la cuestión adecuadamente, sin definir si el juicio sería positivo o negativo. Aun así, la ley del 2005 sobre los antiguos colonos repatriados implicaba un juicio favorable de la colonización francesa en ultramar que los programas de investigación y de enseñanza tenían que reconocer. La polémica y la inquietud que estas disposiciones empezaban a crear entre los historiadores estallaron a raíz del proceso contra el historiador Olivier Pétré-Grenoulleau, denunciado y encausado por haber afirmado que la trata de esclavos no se puede considerar un crimen contra la humanidad, puesto que no tiene como finalidad la eliminación de ningún pueblo y es una práctica milenaria. Finalmente, el caso se sobreseyó, pero la reacción de la mayor parte de los historiadores franceses había sido de indignación, tanto contra el proceso a Pétré-Grenoulleau como por la disposición del 2005 que adoptaba una valoración favorable de la empresa colonial francesa.

Las **leyes memorialísticas** planteaban una cuestión de fondo: ciertos hechos históricos no podían ser discutidos porque suponían la persecución penal, la práctica de los historiadores se veía coaccionada por decisiones extracientíficas vinculadas a decisiones políticas.

Repentinamente, el código penal se había convertido en un lugar de memoria, y la disciplina histórica se veía seriamente amenazada por este. El asunto no ha concluido y una cuestión de constitucionalidad pesa sobre las leyes memorialísticas francesas. Pero el caso, por como los legisladores han ido tan lejos en su imprudente invasión del espacio de la historia, resulta revelador de cómo **los poderes públicos**, y particularmente la política, **se incomodan ante la creciente dificultad para preservar el control del pasado** en la era posnacional, cuando las historias nacionales ya no están en condiciones de establecer relatos indiscutibles.

Los procesos contra los colaboracionistas franceses tuvieron otra cara no menor. A menudo los historiadores fueron llamados como testigos para ayudar a contextualizar aquello que en el juicio se ponía en cuestión. Repentinamente, una relación tan delicada como la que se establece entre historia, verdad y justicia se forzaba desde el ámbito judicial. El historiador de la Francia de Vichy Henry Rousso se negó a actuar como testigo en el caso Papon y, en palabras de Traverso, lo justificaba así:

"La justicia se plantea la cuestión de saber si un individuo es culpable o inocente; la memoria nacional es la resultante de la tensión entre los recuerdos memorables y conmemorables y los olvidos que permiten la supervivencia de la comunidad y su proyección en el futuro; la historia es una empresa de conocimiento y de elucidación".

E. Traverso (2006). *Los usos del pasado. Historia, memoria, política* (pág. 100). Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

Rousso señalaba y distinguía tres niveles:

- La historia, cuyo objetivo es comprender.
- La memoria nacional, cuyo objetivo es político –hacer viable la vida nacional sobre un relato compartido.
- La justicia, que tiene un valor normativo.

Tanto el juez como el historiador buscan la verdad y la deben fundamentar con pruebas. Pero la verdad del juez tiene una función resolutoria –decidir sobre los hechos y aplicar la ley–, mientras que **la del historiador es siempre una verdad provisional susceptible de ser revisada y rehecha**: la historia no queda nunca fijada porque en cada época nuestra mirada viene orientada por preguntas nuevas y nuevas categorías de análisis.

El debate sobre la memoria ha tenido virtudes extraordinarias, ha empoderado a ciertos colectivos tradicionalmente subalternos para construir su versión del pasado, pero también ha amenazado el monopolio del Estado sobre los usos públicos del pasado, y la sociedad francesa no parecía estar preparada para aceptar la pluralidad de memorias inherente a la moderna sociedad democrática. Solo la reacción decidida de los profesionales de la historia y la judicatura parece poder parar esta deriva que erosiona los fundamentos del Estado democrático, paradójicamente en nombre de este.

No obstante, no ha sido el único país en dictar leyes memorialísticas. Iniciativas en este sentido han tenido éxito, con objetivos y en contextos muy diferentes, en Argentina, España, Colombia y otros países. No podemos tratar aquí todos los casos, que tienen valores y objetivos muy diferentes, puesto que en algunos casos la memoria ha sido asociada a aquello que se ha denominado justicia transaccional, que tenía por objeto pasar una hoja trágica de la historia nacional enfrentándose a ella. El caso francés, no obstante, muestra los riesgos de estas iniciativas y, sobre todo, cuestiona seriamente el espacio de los poderes públicos en la construcción de la historia y la memoria en las sociedades democráticas, forzosamente plurales.

### 3.3. La Shoah, entre la historia y lo sagrado

La Shoah, el Holocausto judío, desapareció del debate público europeo apenas acabados los juicios de Nuremberg. De un modo que puede resultar sorprendente, las monstruosas revelaciones que sobre los campos de exterminio se hicieron quedaron sepultadas en un ominoso olvido durante décadas. Solo el caso Eichmann, el secuestro y traslado a Israel del antiguo criminal de guerra nazi en 1960, devolvió el tema a la actualidad durante unos meses. Pero su verdadera rehabilitación en el espacio público no se produjo auténticamente hasta que la industria de entretenimiento norteamericana convirtió el tema en un éxito comercial con la serie de televisión *Holocausto* (1978). A raíz de este hecho, el debate público se rehabilitó más allá de Israel, particularmente en Estados Unidos, y de manera muy diferente en Europa, donde tenía unas con-

#### Referencia bibliográfica

H. Rousso (1987). *Le Syndrome de Vichy, de 1944 de 1944 à nos jours*. París: Seuil.

notaciones más complejas debido a las responsabilidades adquiridas y nunca depuradas completamente. Henry Rousso explicaba en *Le Syndrome de Vichy* (1987) cómo a menudo un acontecimiento traumático va seguido de una fase de represión, que será seguida a su vez por una inevitable anamnesis (regreso a aquello reprimido) y que puede derivar en obsesión memorial.

En **Israel**, y asociada al final de la Guerra de los seis días y a la ocupación de los territorios palestinos, la memoria del Holocausto ha tenido un papel muy ambiguo en el espacio público; unas veces se ha convertido, por su naturaleza de acontecimiento único y a través de un proceso de sacralización, en una auténtica religión civil, y otras –dependiendo de los sectores sociales y políticos que se expresaban–, ha sido un espacio de conocimiento y testigo de valor extraordinario. Aun así, esta pluralidad de posiciones expresa también el pluralismo de la sociedad israelí ante el conflicto vivo con los árabes. Se hace difícil imaginar una normalización de la memoria que no esté ligada al posconflicto.

En **Estados Unidos**, en cambio, un proceso similar de conmemoración pública exacerbado, donde se llega a la creación de un museo federal del Holocausto en 1995 –por un acontecimiento que ocurrió en Europa–, parece obedecer a causas menos claras. Algunos autores ven una evasión de las propias responsabilidades morales y políticas a través de un "culto al recuerdo". Un culto que se sostiene en una voluntad explícita de no preguntarse por qué, de no querer comprender, puesto que la comprensión reduciría la naturaleza sagrada de las víctimas y del mismo acontecimiento, que se convertiría en un asunto puramente humano. El maniqueísmo inherente a este planteamiento convierte el fenómeno en suprahistórico y, por lo tanto, fuera del alcance de la comprensión y de la propia naturaleza humana. Esto no solo imposibilita la historia como práctica de conocimiento, sino que hace inviable también la memoria, que queda secuestrada y oscurecida.

Estas visiones apologéticas, tanto en Israel como en Estados Unidos, tienen una función política que obstruye tanto la construcción de la historia como la de una memoria compartida socialmente útil.

### **Ved también**

En el apartado "Los lugares de la memoria y la legislación memorialística en Francia" hemos visto cómo en este país la persecución de antiguos colaboradores de la deportación se reactivó después de que algunos hubieran continuado su vida civil después de la guerra sin sobresaltos, e incluso ocupando relevantes cargos públicos –un hecho que dejó consternada a la opinión pública francesa–, y cómo, a lo largo de los años noventa, en el espacio público se desarrolló esta obsesión memorial, a menudo en conflicto con el trabajo de los historiadores académicos.

En **Alemania**, el debate tenía un formato completamente diferente. Alemania como nación había aceptado la culpa, pero era una culpa silenciosa, erigida sobre gestos como las reparaciones económicas al Estado de Israel. Es necesario no olvidar cuál era la situación de la Alemania dividida en el corazón de la guerra fría. En los años de posguerra una capa de silencio cayó sobre los

crímenes del nazismo, pero también sobre la destrucción de las ciudades alemanas por parte de la aviación aliada, que se convirtió en un tabú. Fue la forma que adoptaba la versión de los vencedores en el país vencido. Sin embargo, el final de la guerra fría, la reunificación alemana y la generalización por medio de la industria de consumo de productos que evocaban el Holocausto propiciaron la reaparición del tema. La forma que tomó fue la llamada **querrela de los historiadores**, que tuvo varios episodios polémicos entre mediados de los ochenta y principios del siglo XXI. Este debate se desencadenó, en los años 1987-88, cuando el historiador del fascismo Ernest Nolte defendió que el nazismo no era más que la respuesta alemana a la amenaza bolchevique y que el Holocausto de los judíos era una mimetización de la eliminación de clase llevada a cabo por estos. Estas tesis, nacidas del sentimiento nacionalista, minimizaban el exterminio, pero sobre todo se proponían negar la unicidad y, por lo tanto, el carácter excepcional. Habermas le respondió acusándolo de querer normalizar la historia alemana, minimizar el mal causado por el nazismo y disolver las responsabilidades históricas.

No fue este el único debate. En los años noventa se planteó el grado de implicación de la sociedad alemana en el genocidio, y también el de la *Whermacht*, el ejército regular, una cuestión que abundaba en la responsabilidad colectiva de la sociedad alemana. Estos debates suscitaron algunos problemas teóricos de interés. Destaca entre estos la **singularidad del nazismo** y de sus crímenes, una idea que fue resultando crecientemente aceptada. Esto significaba abandonar la categoría *fascismo*, tan ligada a la historiografía de posguerra, para referirse al conjunto de regímenes reaccionarios que llegaron al poder en la Europa de entreguerras. Como corolario, y a raíz de la caída del muro, el concepto de totalitarismo, para referirse a los regímenes nazi y stalinista, reapareció en el mundo académico tanto para confrontar las dos experiencias como para diferenciarlas.

Procesos parecidos se produjeron en **Italia**, donde la memoria del fascismo dejó de ser un tabú, especialmente a raíz del derrumbe del sistema político de posguerra y de la llegada al Gobierno de un partido posfascista; o en **España**, donde el silencio y el olvido que permitieron el proceso de transición a la democracia fueron crecientemente puestos en cuestión, tanto desde la aparición de una literatura posfranquista, como desde la creciente demanda desde posiciones democráticas, y particularmente de las víctimas de la dictadura, de actos de reparación de la propia memoria.

## 4. Una conclusión abierta

Como hemos intentado mostrar,

la historia es un proceso abierto, que obedece siempre e inevitablemente a un encargo del presente.

Esto no quiere decir, no obstante, que sean legítimas las formas de presentismo que adaptan la historia a las necesidades de legitimación o exaltación de los intereses del presente o de algunos de sus protagonistas. Se ha superado la fase romántica, en la que el objetivo del historiador era producir una conmoción en el lector y una identificación con los valores que los hechos reseñados exaltaban.

Desde el nacimiento del positivismo, y particularmente a partir del legado de Marx, Weber o Durkheim, el esfuerzo de los historiadores se dirigió a construir una **ciencia social histórica**.

Las condiciones de la posguerra favorecieron este designio con resultados muy apreciables en cuanto al progreso del conocimiento histórico y sus métodos y aparato conceptual.

Pero a partir de mediados de los años sesenta, un grupo de historiadores, desde diferentes perspectivas, cuestionaron la capacidad de producir una ciencia objetiva a imagen de las ciencias de la naturaleza, e **intentaron situar al sujeto, al ser humano, en el centro de la historicidad** con toda su complejidad.

No ha sido este un proceso fácil, ni resulta muy claro que esté acabado. Aun así, la incorporación de los subalternos (obreros, mujeres, pueblos colonizados, etc.) a los campos de investigación nos ha hecho conscientes de la pluralidad de las experiencias humanas y, a su vez, de la complejidad de una narrativa histórica suficientemente explicativa o totalizadora.

Además, estos problemas han tenido que ser elucidados en un contexto de creciente toma de conciencia del papel público de la historia y del pasado en general. Al fin y al cabo, la producción de significados atribuibles al pasado que eran construidos por los historiadores académicos no era más que una insignificante minoría. La explosión de la memoria, en su vertiente política, la capacidad del poder de legitimarse con un relato del pasado y de atribuirle

significado (los monumentos, los manuales escolares, etc.), pero también la eclosión de los usos del pasado con finalidades de entretenimiento o comerciales (juegos de ordenador, películas, novelas, etc.), ha impactado sobre el mundo recluido y protegido del investigador.

No existe una respuesta unívoca al tipo de retos que esta situación plantea. Pero el proceso que estas páginas han querido mostrar más bien mueve al optimismo.

En condiciones de libertad, el conocimiento es siempre un elemento emancipador, a condición, no obstante, de que sea un conocimiento comprensivo y crítico. Esta es la tarea de la historia hoy.

## Bibliografía

### Bibliografía sobre historiografía

**Aurell, J.** (2005). *La escritura de la historia. De los positivismos a los postmodernismos*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

**Breisach, E.** (2009). *Sobre el futuro de la historia. El desafío postmodernista y sus consecuencias*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

**Burguière, A.** (2009). *La Escuela de los Annales. Una historia intelectual*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

**Burke, P.** (2005). *¿Qué es la historia cultural?* Barcelona: Paidós.

**Burke, P.** (2006). *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*. Barcelona: Gedisa.

**Dosse, F.** (2004). *Historia del Estructuralismo*. Madrid: Akal.

**Eley, G.** (2008). *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*. Valencia: Universitat de València.

**Fontana, J.** (1992). *La història després de la fi de la història. Reflexions i elements per a una guia dels corrents actuals*. Vic: Eumo.

**Iggers, G. G.** (1998). *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Barcelona: Idea Boocks.

**Kaye, H. J.** (2007). *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la Historia*. Madrid: Talasa.

**Kocka, J.** (2002). *Historia social y conciencia histórica*. Madrid: Marcial Pons.

**Lowenthal, D.** (1998). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal.

**Scott, J. W.** (2001). "Historia de las mujeres". En: P. Burke (ed.). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.

**Stone, L.** (1981). "El retorno de la narrativa: Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia". En: *El pasado y el presente* (pág. 95-120). México: Fondo de Cultura Económica.

**Traverso, E.** (2006). *Los usos del pasado. Historia, memoria, política*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

## Obras citadas en el texto en orden cronológico

1912: **Febvre, L.** (1912). *Philippe II et la Franche-Comté: étude de histoire politique, religieuse te sociale*. París: Librairie Ancienne Honoré Champion.

1924: **Bloch, M.** (2006). *Los reyes taumaturgos: estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia y Gran Bretaña*. México: Fondo de Cultura económica.

1944: **Popper, K.** (1996). *Miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Editorial.

1946: **Dobb, M.** (1971). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid: Siglo XX editores.

1947: **Febvre, L.** (1993). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI: la religión de Rabelais*. Madrid: Akal.

1949: **Braudel, F.** (1973). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 vol. México: Fondo de Cultura Económica.

1958: **Williams, R.** (1974). *Cultura y Sociedad 1780-1950*. Barcelona: Laia.

1959: **Newton, F.** (pseudónimo de E. Hobsbawm) (1976). *The Jazz Scene*. Londres: Penguin Books.

1959: **Hobsbawm, E.** (1976). *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Ariel.

1960: **Rostow, W. W.** (1961). *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. México: Fondo de Cultura Económica.

1961: **Williams, R.** (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión.

1962: **Vilar, P.** (1965-1968). *Catalunya dins l'Espanya moderna. Recerques sobre els fonaments econòmics de les estructures nacionals*, 4 vol. Barcelona: Edicions 62.

1962: **Kula, W.** (1976). *Teoría económica del sistema feudal*. Madrid: Siglo XXI.

1962: **Duby, G.** (1968). *Economía rural y vida campesina en el Occidente medieval*. Barcelona: Península.

1963: **Thompson, E. P.** (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.



1966: **Moore, B.** (1973). *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*. Barcelona: Península.

1966: **Le Roy Ladurie, E.** (1966). *Les paysans de Languedoc*. París: Ed. EHESS.

1967: **Braudel, F.** (1984). *Civilización material, economía y capitalismo: siglos XV a XVIII*. Madrid: Alianza Editorial.

1968: **Hobsbawm, E.; Rude, G.** (1968). *Capitán Swing*. Londres: Lawrence & Wishart.

1969: **Foucault, M.** (1969). *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI.

1973: **Welher, H. U.** (1985). *The German empire 1871-1918*. Leamington Spa: Berg.

1973: **White, H.** (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

1974: **Fogel, R.; Engerman, S. L.** (1974). *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos*. Madrid: Siglo XXI.

1974: **Le Goff, J.; Nora, P.** (eds.) (1974). *Hacer la Historia. Nuevos Problemas. Nuevos Enfoques. Nuevos Temas*, 3 vol. Barcelona: Laia.

1975: **Le Roy Ladurie, E.** (1981). *Montaillou, aldea occitana, 1294-1324*. Madrid: Taurus.

1976: **Ginzburg, C.** (1981). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik.

1976-1984: **Foucault, M.** (1978-1987). *Historia de la sexualidad*, 3 vol. Madrid: Siglo XXI.

1977: **Kriedte, P.; Kisch, H.; Mendels, F.** (1986). *Industrialización antes de la industrialización*. Barcelona: Crítica.

1978: **Duby, G.** (1980). *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. Madrid: Taurus.

1978: **Said, E.** (1991). *Orientalisme*. Vic: Eumo.

1980: **Sewell, W.** (1992). *Trabajo y revolución en Francia: el lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*. Madrid: Taurus.

1981: **Duby, G.** (1999). *El caballero, el cura y la mujer*. Madrid: Taurus.

1983: **Davis, N. Z.** (2005). *El retorn de Martin Guerre*. Valencia: Publicacions Universitat de València.

1983: **Anderson, B.** (2005). *Comunitats imaginades: reflexions sobre l'origen i la difusió del nacionalisme*. Valencia: Afers-Universitat de València.

1983: **Hobsbawm, E.;Ranger, T.** (1988). *L'invent de la tradició*. Vic: Eumo.

1983: **Stedman Jones, G.** (1989). *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Madrid: Siglo XXI.

1983: **Guha, R.** (1993). *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in colonial India*. Oxford, Oxford University Press.

1983: **Ferro, M.** (1990). *Cómo se cuenta la historia a los niños a través del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

1984-1992: **Nora, P.** (dir.) (1984-1992). *Les lieux de la mémoire*, 3 vol. París: Gallimard.

1986: **Steedman, C.** (1986). *Landscape for a Good Woman: a history of two lives*. Londres: Virago Press.

1987: **Rousso, H.** (1987). *Le Syndrome de Vichy, de 1944 de 1944 à nous jours*. París: Seuil.

1988: **Scott, J. W.** (2008). *Género e historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

1989: **Fukuyama, F.** (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta.

1991: **Roediger, D.** (1991). *The Wages of Whiteness: Race and Making of american working Class*. Londres: Verso.

1991: **Thompson, E. P.** (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.

1991: **Jenkins, K.** (2009). *Repensar la Historia*. Madrid: Siglo XXI.

1993: **Kocka, J.;Mitchel, A.** (1993). *Bourgeois Society in Nineteenth-century Europe*. Oxford: Berg.

1993: **Tilly, C.** (1995). *Las revoluciones europeas 1492-1992*. Barcelona: Crítica.

1994-1995: **Samuel, R.** (2008). *Teatros de la memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea*. Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

2000: **Chakrabarty, D.** (2008). *Al margen de Europa. ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?* Barcelona: Tusquets.

2004: **Bayly, C. A.** (2010). *El nacimiento del mundo moderno 1780-1814*. Madrid: Siglo XXI.

